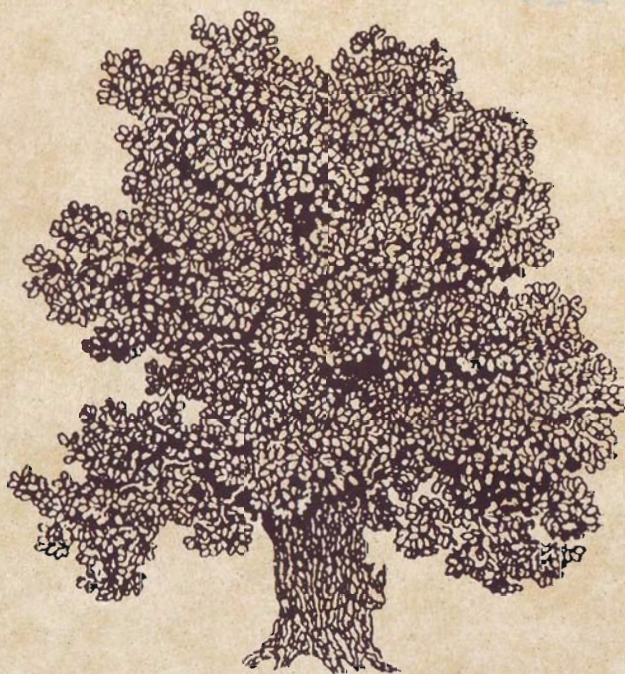


CARMEN NARANJO

PASAPORTE
DE PALABRAS



BIBLIOTECA COLECCIÓN 1856

EDITORIAL  MESÉN

EL SABER EDITORIAL

DEL NUEVO MILENIO

CÉDULA JURÍDICA No. 3-101-212502

Impresión Orly Soto
CARMEN NARANJO 1998

A Vicky, a quien presento
una yariota en plenas vueltas,

Carmen
3/12/98

BIBLIOTECA COLECCIÓN 1856

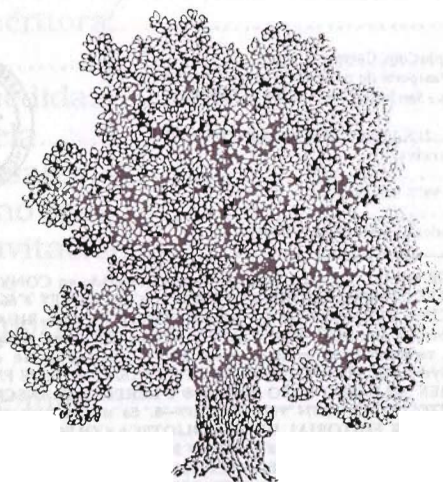
EDITORIAL MESEN

Q. Vicki, a piece
was found in
the same place,

Answer
3/15/98

Ingeniero Boris Soto
CARMEN NARANJO 1998

PASAPORTE DE PALABRAS



BIBLIOTECA COLECCIÓN 1856

EDITORIAL MESÉN

EL SABER ES VITAL



TEL. 3100 (001) 2222

PASAPORTE DE PALABRAS

ISBN 9977-903-39-5

© D. R. © CARMEN NARANJO COTO Y HEREDEROS.

PREMIO NACIONAL DE CULTURA "MAGÓN" DE COSTA RICA.

© D.R. © Editorial Mesén S.A. [Cédula Jurídica # 3-101-212502].

Apartado Postal 1 6306-1000 Ciudad. San José de Costa Rica.

Teléfono ☎ [506] 253-5203 ☎ [506] 283-0681

Oficinas situadas en la Urbanización El Cedral # 52 [Del Parque 1 cuadra al Sur y 50 metros al Oeste], Cedros de Sabanita 2070 — Costa Rica.

Dirección Editorial de Dennis Mesén.

Coordinación Editorial de Eunice Montenegro Mora

y Dirección de Comercialización y Mercadeo

Producción Editorial de Vladimir Alfonso Mesén Montenegro.

PASAPORTE DE PALABRAS, narraciones escritas por © D. R. © CARMEN NARANJO COTO [PREMIO NACIONAL DE CULTURA "MAGÓN" DE COSTA RICA]. Es un libro costarricense impreso en el mes de Agosto de 1998 por IMPRESORA GOSSESTRA INTERNACIONAL. Primera Edición producida y publicada por la EDITORIAL MESÉN, SOCIEDAD ANÓNIMA: EL SABER EDITORIAL DEL NUEVO MILENIO en su BIBLIOTECA COLECCIÓN 1856 DE NARRATIVA, dirigida, seleccionada y compilada por Dennis Mesén. Hecho el DEPÓSITO DE LEY CON EL REGISTRO LEGAL NÚMERO ISBN 9977-903-39-5. Derechos Reservados conforme a lo estipulado en CONVENIOS Y TRATADOS INTERNACIONALES RATIFICADOS Y EN LA LEY # 6683 sobre DERECHOS DE AUTOR Y DERECHOS CONEXOS DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA, para la presente edición y posteriores reimpressiones de PASAPORTE DE PALABRAS escrito por CARMEN NARANJO COTO © D. R. © Y HEREDEROS Copyright EDITORIAL MESÉN S. A. © D. R. © Cédula Jurídica # 3-101-212502.

C. R.

861. 44

G643a

Naranjo Coto, Carmen

Pasaporte de palabras / Carmen Naranjo Coto

1ª. Ed. - San José, C. R. : Editorial Mesén,

1998.

136 p. ; 21 X 13 cm. - (Biblioteca colección 1856

de narrativa)

ISBN 9977-903-00-0 1.

Narrativa costarricense. I. Título.



ADVERTENCIA GENERAL. De conformidad con lo establecido en CONVENIOS Y TRATADOS INTERNACIONALES DEBIDAMENTE RATIFICADOS Y EN LA LEY # 6683 DE DERECHOS DE AUTOR Y DERECHOS CONEXOS DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA, está y se prohíbe la reproducción, grabación, filmación total o parcial, incluyendo textos, fotografías, ilustraciones y todas las demás características gráficas mediante la aplicación de cualquier sistema de reproducción incluyendo EL FOTOCOPIADO del libro PASAPORTE DE PALABRAS, narraciones escritas por CARMEN NARANJO COTO © D. R. © Y HEREDEROS. INSCRITO Y REGISTRADO CON EL DEPÓSITO LEGAL ISBN 9977-903-39-5. Es un libro costarricense producido y publicado por EL SABER EDITORIAL DE LA BIBLIOTECA COLECCIÓN 1856 DE NARRATIVA de la EDITORIAL MESÉN, S. A. [Cédula Jurídica # 3-101-212502]. La violación a lo estipulado en LOS CONVENIOS Y TRATADOS INTERNACIONALES DEBIDAMENTE RATIFICADOS Y LA LEY # 6683 de la REPÚBLICA DE COSTA RICA SOBRE DERECHOS DE AUTOR Y DERECHOS CONEXOS, por parte de cualquier persona física o jurídica es y será sancionada judicialmente. FOTOCOPIAR LIBROS es cometer delito, violar la LEY # 6683, porque atenta contra los intereses intelectuales y económicos del Autor y del Editor que hacen posible que usted lea este libro, adquiriendo el saber de la humanidad, educación, cultura, recreación intelectual y conocimientos generales. HÁGASE SOCIO DE LA CULTURA Y DEL SABER DE LA HUMANIDAD DEL CLUB DE LECTORES LIBROAMIGO y colabore con la Industria Editorial Costarricense, adquiriendo y leyendo LIBROS AMIGOS COSTARRICENSES DE LA EDITORIAL MESÉN: EL SABER EDITORIAL DEL NUEVO MILENIO, PORQUE LOS LIBROS TIENEN EL SABER Y LEER ES UNA BUENA COSTUMBRE

ME

EDITORIAL MESÉN

EL SABER EDITORIAL DEL NUEVO MILENIO

**IMPRESORA
GOSSESTRA
INTERNACIONAL**

TEL. 221-1145

CARMEN NARANJO ÍNDICE

Página.

PASAPORTE DE PALABRAS

Carmen Naranjo

Confesión de la autora.....	15
La escritora.....	17
Y.....	21
La medida.....	26
Viruela.....	31
El pésame.....	36
Ahí no más.....	42
La invitación.....	48
Adiós.....	54
Pasaporte de palabras.....	58
Ahí.....	64
Nadie más.....	69
Un momentico.....	75
¿Por dónde?.....	80
Días de lluvia.....	85
Empecé en el futuro.....	92
Las sumas.....	97
Se me lavó la voluntad.....	103
Al fin llegó.....	108
Estamos todos y siempre falta uno.....	115

INDICE

DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1

Dirección General de Estudios Científicos y Tecnológicos
 Secretaría de Educación Pública
 y División de Computación y Muestreo
 Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente

DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1
 DISEÑO DE LA COLECCIÓN 1

15	Confesión de la autora	
17	La escritora	
21	La medida	
26	Vigencia	
31	El presente	
36	Air no más	
42	La invasión	
48	Adios	
52	Reporte de las cosas	
58	Adios	
64	Air no más	
68	Reporte de las cosas	
72	Adios	
78	Air no más	
84	Reporte de las cosas	
90	Adios	
96	Air no más	
102	Reporte de las cosas	

CARMEN NARANJO

1928.

Es costarricense nacida en la Provincia de Cartago el 30 de Enero de 1928. Escritora y diplomática. Realiza sus estudios primarios en la Escuela República del Perú y los estudios secundarios en el Colegio Superior de Señoritas. Es Licenciada en Filología por la Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Costa Rica. Realiza estudios de postgrado en la Universidad Autónoma de México y The School of Letters of the University of Iowa, Estados Unidos de Norte América. Trabajó en el Departamento de Archivo de la Caja Costarricense del Seguro Social hasta 1950 y luego en el Departamento de Habitación hasta 1954; en este mismo se traslada a Venezuela y a su regreso, labora como Asistente de la Gerencia en el Instituto Costarricense de Electricidad. A partir de 1965 reingresa a la Caja Costarricense del Seguro Social, desempeñando los cargos de Secretaria General, Secretaria General de la Junta Directiva. En 1971 es nombra-

da Sub— Gerente Administrativa. En ese mismo año el Consejo de Gobierno la nombra Embajadora Extraordinaria y Ministra Plenipotenciaria de Costa Rica ante el Estado Libre de Israel hasta 1974. A partir de este año, el Presidente de la República Lic. Daniel Oduber Quirós la designa Ministra de Juventud, Cultura y Deportes; cargo que desempeñó hasta 1976 en que presentó su renuncia. En el periodo de 1974 a 1976 desempeñó la Presidencia del Consejo Nacional de Educación Física y Deportes. De 1976 hasta 1980 laboró como Coordinadora Técnica— Administrativa del Instituto Centroamericano de Administración Pública (ICAP). Fue Jefe de los Programas Regionales del Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas (UNICEF) en Guatemala. Durante 1982— 1984 es Directora del Museo de Arte Costarricense. De 1984 hasta 1992 dirigió la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA). También es Consultora en las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos en el sector de la Seguridad Social. En 1991 la Universidad de Santo Domingo de la República Dominicana le confirió el *Doctorado Honoris Causa*; durante ese mismo año la Academia Costarricense de la Lengua la nombra Académica. En 1977 el Reino de España le concede la Condecora-

ción *Orden de Alfonso X El Sabio*. El Gobierno de Chile en 1996 le concede la *Medalla Gabriela Mistral*. Su obra literaria ha obtenido los siguientes reconocimientos: Premio Nacional de Novela "*Aquileo J. Echeverría*" 1966; Premio Centroamericano de Novela de Guatemala, 1968; Premio Nacional de Novela "*Aquileo J. Echeverría*" 1971; Premio Editorial Universitaria Centroamericana de Novela, 1972; Premio Editorial Universitaria Centroamericana de Cuento, 1982. En 1986 el Gobierno de la República le concede el **Premio Nacional de Cultura "MAGÓN"**. Ha sido Jurado de los Premios CASA de la Casa de las Américas de Cuba. Entre sus obras mencionaremos: "*AMÉRICA*", poesía, 1961; "*CANCIÓN DE LA TERNURA*", poesía, 1962; "*HACIA TU ISLA*", poesía, 1966; "*IDIOMA DEL INVIERNO*", poesía, 1968; "*LOS PERROS NO LADRARON*", novela, Editorial Costa Rica, 1966; "*MISA A OSCURAS*", poesía, Editorial Costa Rica, 1967; "*CAMINO AL MEDIODÍA*", novela, Editorial Lehmann, 1968; "*MEMORIAS DE UN HOMBRE PALABRA*", novela, Editorial Costa Rica, 1968; "*RESPONSO POR EL NIÑO JUAN MANUEL*", novela, Editorial Conciencia Nueva, 1971; "*DIARIO DE UNA MULTITUD*", novela, Editorial Universitaria Centroamericana [EDUCA], 1974; "*HOY ES UN LARGO DÍA*",

cuentos, Editorial Costa Rica, 1976; "POR ISRAEL Y LAS PÁGINAS DE LA BIBLIA", ensayo, 1976; "CINCO TEMAS EN BUSCA DE UN PENSADOR", ensayo, Departamento de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1977; "MI GUERRILA", poesía, Editorial Universitaria Centroamericana [EDUCA], 1977; "LAS RELACIONES PÚBLICAS EN LAS INSTITUCIONES DE SEGURIDAD SOCIAL", ensayo, Instituto Centroamericano de Administración Pública [ICAP], 1977; "CULTURA", ensayo, Instituto Centroamericano de Administración Pública [ICAP], 1978; "HOMENAJE A DON NADIE", poesía, Editorial Costa Rica, 1981; "LA MUJER Y EL DESARROLLO: LA MUJER Y LA CULTURA", antología, UNICEF, Editorial Diana, Secretaría de Educación Pública [SEP], 1981; "ONDINA", cuentos, Editorial Universitaria Centroamericana [EDUCA], 1983; "NUNCA HUBO ALGUNA VEZ", cuentos, Editorial Universidad Nacional de Educación a Distancia [EUNED], 1984; "SOBREPUNTO", novela, Editorial Universitaria Centroamericana [EDUCA], 1985; "ESTANCIAS Y DÍAS", poesía, coautora, Editorial Costa Rica, 1985; "LA AVENTURA DE LOS DESDIBUJADOS", literatura infantil. Instituto del Libro del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1986; "MUJER Y CULTURA",

ensayo, Editorial Universitaria Centroamericana [EDUCA], 1989; "*OTRO RUMBO PARA LA RUMBA*", cuentos, Editorial Universitaria Centroamericana [EDUCA], 1989; "*EL CASO 117.720*", novela, Editorial Costa Rica, 1989; "*VENTANAS Y ASOMBROS*", dibujos, Editorial Universitaria Centroamericana [EDUCA], 1991; "*EN PARTES*", cuentos, Editorial Farben—Norma, 1994.

PASAPORTE DE PALABRAS

Carmen Naranjo

Este libro de cuentos, juego de silencios y palabras, lo escribí después de terminar la novela "LOS FERROS NO LADRARON", en los años de la década de los sesenta. Lo guardé como he hecho con muchas otras obras mías por inseguridad literaria y porque surgieron nuevas que concentraron más mi atención.

Además que el tiempo requiere necesario organizar los escritos en una forma sistemática que permita el desarrollo literario sin serios problemas. La razón se debe a la necesidad de enseñar al propio quehacer dentro de una literatura experimental en que tanto me sobrecogieron los hallazgos sobre la filosofía íntima del lenguaje, las observaciones profundas de la humanidad siempre eterna y transeúnte, la necesidad de encontrar sentido a la vida y los apuntes latentes en cada conversación que desnuda un poco la creación posterior de los retratos, de las circunstancias, de los paisajes y de las acciones en que nos consumimos las personas que se aventuran en esta terrible pasión de la escritura.

Carmen Naranjo
Abril de 1998

PASAPORTE
DE PALABRAS
Carmen Nariño

CONFESIÓN DE LA AUTORA

Este libro de cuentos, juego de silencios y palabras, lo escribí después de terminar la novela "LOS PERROS NO LADRARON", en los años de la década de los sesenta. Lo guardé, como he hecho con muchas otras obras mías por inseguridad literaria y porque surgieron nuevas que concentraron más mi atención.

Ahora que el tiempo avanza necesito organizar mis escritos en una forma secuencial que responda a mi desarrollo literario sin saltos ni paréntesis. La razón se debe a la necesidad de enseñar mi propio quehacer dentro de una literatura experimental en que tanto me sobrecogieron los hallazgos sobre la filosofía íntima del lenguaje, las observaciones profundas de la humanidad siempre eterna y transeúnte, la necesidad de encontrar sentido a la vida y los apuntes latentes en cada conversación que desnuda un poco la creación posterior de los retratos, de las circunstancias, de los paisajes y de las acciones en que nos consumimos las personas que se aventuran en esa terrible pasión de la escritura.

Carmen Naranjo
Abril de 1998

CONFERENCIA
DE LA AUTORA

Este libro de cuentos, juego de silencios y palabras, lo escribí después de terminar la novela "LOS PERROS NO LADRAN", en los años de la década de los sesenta. Lo guardé, como he hecho con muchas otras obras mías por insguardada, en un cajón y porque surgieron nuevas que concentraron más mi atención.

La razón se debe a la necesidad de enseñar mi propio quehacer dentro de una literatura experimental en que tanto me sorprendieron los hallazgos sobre la filosofía íntima del lenguaje, las observaciones profundas de la humanidad siempre eterna y transiente, la necesidad de encontrar sentido a la vida y los puntos latentes en cada conversación que destruda un poco la creación posterior de los ritmos, de las circunstancias, de los paisajes y de las acciones en que nos consumimos las personas que se encuentran en esa triple pasión de la escritura.

Carmen Martín Gaitanar
Abril de 1988

LA ESCRITORA

- ¿Oficio?
- Escritora.
- Pase a la otra ventanilla.
- ¿Oficio?
- Escritora.
- Pase a la otra ventanilla.
- ¿Oficio?
- Escritora.
- Pase a la otra ventanilla.
- ¿Oficio?
- Escritora.
- Pase a la otra ventanilla.
- ¿Oficio?
- Escritora.
- Pase a la otra ventanilla.
- ¿Qué escribe?
- Todo lo que es posible.
- ¿Con qué propósito nos visita?
- Quiero que me editen un libro.
- ¿Qué tipo de libro?
- Un libro de silencios.
- Pregunto, ¿de qué género?
- No tiene género.
- ¿Es novela?
- Si el que lo lea está en disposición de leer una novela, puede ser una novela.

— Está usted empeñada en hacer un enredo.
¿Es en prosa o en verso?

— Puede ser prosa o verso, tiene palabras y silencios. Nada más.

— ¿Qué clase de palabras y silencios?

— Ruidos bruscos y silencios inesperados.

— Empecemos de nuevo. ¿Cómo se llama su libro?

— Pasaporte de palabras.

— ¿Así es el nombre?

— Así es. ¿No le parece?

— No sé. No he leído su contenido. Pero suena a viaje.

— Hice el libro con un deseo enorme de viajar.

— Y, ¿a qué partes quiere ir?

— A todos lados.

— ¿Alguna anécdota especial con respecto al libro?

— Toda la anécdota mía. Espero que no quiera oírla, porque tardaría por lo menos dos días en contársela. Además, es muy aburrida.

— Con eso es suficiente. ¿Algún problema especial al escribirlo?

— Muchos.

— Detalle algunos.

— Me encontré en primer lugar con la poca imaginación del hombre, mejor dicho viví su endemoniada pobreza.

— Explíquese ¡por favor!

— Está el hecho de que el lenguaje está creado.

— Quería ser usted la que creara el lenguaje.

— Esa es la pretensión del más inútil escritor. Soy muy sincera. Me hubiera encantado crear

por lo menos una palabra.

— Y, ¿qué más?

— Los signos de puntuación son un desastre.

— ¿Cómo así?

— Sólo hay seis. ¿Cómo quiere usted que con seis signos se pueda una arreglar para acomodar el pensamiento? La coma para una pausa; el punto para una terminación; el punto y coma para una interrupción mediana; el punto y aparte para levantar los ojos; los tres puntos para dar vaguedad; los dos puntos para abrirnos un poco.

— Entonces, ¿en su libro agregó otros signos de puntuación?

— No soy tan revolucionaria. Los respeté y me quedé con una gran rabia adentro. Imagínese, no pude expresar el miedo, ni las dudas, ni las intenciones. A eso se debe que mi libro sea muy pobre.

— ¿Se olvida usted de los puntos de admiración e interrogación?

— Esos son los más limitativos. Los personajes tienen que admirarse o preguntarse. De ahí no se pasa. Y los personajes se enojan, lloran, rien, se sonrojan, sufren. Debían haber signos para expresar esas cosas. El lenguaje escrito es como una momia.

— ¿Otros problemas?

— El contagio.

— ¿A qué llama usted contagio?

— Pues mi libro es un libro contagiado. Espero que sea contagioso.

— No le entiendo.

— Pues soy muy clara.

— Bueno, ¿y de qué está contagiado?

— De todo lo bueno que existe por ahí y de lo

que seguro me he indigestado.

— Y, ¿qué quiere usted que contagie?

— Deseos de no escribir a los que andan pretendiendo hacerlo.

— Tendré que llamar a un experto para que valore sus respuestas. Le ruego pasar a la otra ventanilla.

— ¿Oficio?

— Ya eso lo contesté en la otra ventanilla.

— Repítalo de nuevo aquí, ¡por favor!

— Escritora, aun cuando después de las preguntas que me hicieron ya lo llegué a dudar.

— ¿Qué desea?

— Que me editen un libro.

— ¿Tipo de libro?

— Palabras y silencios.

— No le pregunto el título, sino el género.

— No tiene.

— ¿Ensayo?

— Ese término me gusta. Digamos que es un ensayo.

— ¿Ambiciones?

— Vender por lo menos un ejemplar.

— ¿Comerciante?

— No exactamente.

— Entonces, ¿por qué quiere vender un ejemplar?

— Para saber que alguien es capaz de cambiar unas monedas por unas palabras y unos silencios.

— ¿Qué concepto tiene de su obra?

— Algunas veces desentona, otra pega gritos y la mayoría se desploma.

— ¿Tiene fe en usted misma?

— Todavía no sé quién es usted mismo.

— Pase a la otra ventanilla.

— ¿A qué?

— A que la consuelen.

Esta es la historia del otro y de mí, pero más que del otro o de mí, es la historia de la y que está en el centro de los dos. Porque ustedes saben que la y es la puerta del infinito.

La conozco desde hace mucho tiempo, pero primero la conoció el otro. Es morena, alta, fuerte, llena de salud. Se sonríe mucho, más de lo que es natural. Quizás por sus dientes en orden, blancos, calcáreos. Quizás por sus labios carnosos, incitantes. Quizás porque es inconsciente, porque todavía no ha descubierto la tremenda verdad de la y.

Estoy en un día, no hace mucho tiempo ni poco. Un día que aparece con su sonrisa. No dice nada importante. Se deja ver, se deja desear. La acompaño y ella va conmigo, tan segura, tan confiada, que llegamos lejos. Entonces no mencionó al otro.

El otro surge una noche, sin nombre, sólo porque un recuerdo se interpone. Desde entonces está siempre entre los dos. Ahora sólo está la y. Lo debía haber comprendido en el primer momento, pero soy muy torpe en prever las cosas. Además, todo parecía no tener importancia. Dársela hubiera sido llenar de conceptos, algo que estaba hecho de puros encuentros.

Después de que apareció el otro, la relación absoluta entre los dos fue la y. Porque la y es la palabra que tiene más peso en nuestro idioma. Cuando se desea una cosa se desea algo. Cuando se desea esto y eso, se desean demasiadas cosas.

Me llegué a encariñar. Era tan fácil encariñarse. Ni siquiera molestaba. Simplemente deliciosa. Se inclinaba y recibía un beso, devolvía con fervor las caricias y se encogía como un niño entre los brazos para dejarse arrullar. Siempre dormí tan bien en su compañía. Tenía apenas el calor necesario, sin cansar ni aturdir.

Dice cosas interesantes. Dice que no le gusta estar entre las paredes, que nació libre, que prefiere irse a quedarse, que su vida está llena de caminos. No traté de retenerla. Sabía que se iría en algún momento. No quise tampoco alargar el tiempo con ella, lo dejaba a su voluntad. A veces tenía pereza, una pereza lenta y se acurrucaba de nuevo en la cama para llenar de noche la mañana.

Un día muy azul, fresco y ventoso, salió muy temprano. Alguien la esperaba y era importante para ella.

— Me voy. Quizás regrese. Todavía no lo sé. Hoy es un día muy importante para mí. Ya te contaré.

No me contó nunca los detalles completos. Era incapaz de hilvanar una frase larga. Hablaba con monosílabos y palabras desordenadas.

En la noche la encontré triste. Llena de melancolía. No habló del todo y tampoco se dejó acariciar. No insistí. Ella era así, un reflejo de voluntades nerviosas.

De pronto empezó a mencionarlo. El otro había estado con ella, era parte de su pasado, era como su columna vertebral, la había enseñado a amar y la envolvía de nuevo en una marea intensa de recuerdos y de sensaciones. Le dije que lo buscara.

— ¡Ya es tarde! Él se ha ido. Ayer sólo lo vi un momento. Ya no te puedo querer, porque yo nunca te he querido. Fue con él con quien quería estar y te le parecías en algo.

Le dije que se fuera. Se quedó en la silla. Le abrí la puerta y se tendió en la cama. Le afirmé que no quería nada con ella y se encogió de hombros.

— Nada puede haber entre nosotros. Esto ha sido un episodio del otro.

Así empezamos a convivir el otro y yo. Entonces supe que a veces hablaba como el otro, que mi nariz era igual a la suya, que mis besos eran tan cálidos como los de él, que todo en mí le recordaba al otro.

— No puedo aguantar más esto. ¡Quiero ser yo! ¡Yo!

Se encoge de hombros. ¿Por qué enojarse? Eso le pasa a todo el mundo, pero muy pocos se atreven a decirlo. Su lógica desploma mi deseo de ser yo. También ella era un tanto de ellas, de lo que no me gustaba de algunas, de lo que me gustó mucho de otras.

— Te estoy queriendo un poco, independiente del otro. Ya veo la diferencia. Él no tenía tan mal genio. Siempre fue suave.

Llegó el momento por ese camino que quise en realidad ser el otro, le tomé cariño, hasta me olvidé de la y que nos unía. ¿Qué importa pa-

recerse al otro, si es un ser maravilloso, si ha sabido despertar tantas emociones? ¿Qué más da parecerse a alguien, si la pura verdad es que nadie nos ha garantizado la originalidad? Todos nos repetimos. Pues yo me repito en otro que ha dejado sola a esta mujer. Además, debo confesar que no deseaba amarla de un modo definitivo. La quería así, por un momento, que podía ser largo o corto, pero siempre un momento.

— ¿Qué pasará cuando te cansés de mí?

— Me iré lejos, buscaré al otro.

— ¿Por dónde anda?

— No sé. Supongo que lejos.

Ni siquiera hacía promesas. No falseaba el lenguaje, ni elevaba el tono de su voz. Siempre hablaba pausado, entre sonrisas.

Pasan los días y no llega. ¿Habrá encontrado al otro?

Dejo de pensar en los motivos, vendrá cuando le dé la gana o no vendrá nunca. La tarde se hace dolorosamente larga y la noche tiene rumor de pasos. Las puertas se abren solas y hasta su voz llega. No. No estoy enamorado. Todo eso son recursos de la mente, que se complace en jugar con la paciencia. Me duermo y no pienso, pero sueño. Sueño con su calor, con su sonrisa, con su voz tranquila. Me levanto y no pienso, aunque me sobresaltan los teléfonos y me fijo en las sombras de las esquinas y espero con fe un reencontro. Francamente no he querido enamorarme. ¿Para qué? Era la mujer de otro.

— ¿No me has echado de menos?

— No.

— Yo tampoco, pero he pensado en este cuarto y en el otro.

Llega con un vestido nuevo y el cabello recogido. ¿Dónde habrá estado? Tiene el cutis limpio y su sonrisa es más fresca.

—He conocido a otro y se te parece mucho. Tiene algo de tus manos y de tu suavidad.

La historia del otro y yo se repetía. Lo sabía desde un principio y nunca lo quise saber del todo. La y es la puerta del infinito.

El barrio es pobre. Lo dicen las calles con basuras amontonadas en los lotes vacíos. Lo dicen las casas sin pintura, estrechas, improvisadas. Lo dicen las aceras hondas, llenas de piedras sueltas. Lo dicen los jardines con regueros de margaritas débiles. Lo dice el cielo, que por aquí no se detiene a contemplar y ser contemplado.

Los niños juegan siempre a la rayuela. Es una rayuela de rayas hundidas en un piso de tierra compacta. Más allá un viejo vela su vejez desde una mecedora. Un hermanillo descalzo arrastra otro hermanillo que lucha contra el equilibrio. Los perros están en la calle, esperando a que salgan los gatos para hacer la correría de siempre en las mañanas. En los cables eléctricos han quedado los papelotes, con tiras de trapos sucios.

— Mamá dice que le mande una libra de azúcar grande, con feria.

— Sólo existe una libra. Esa es la que vendo yo. No es posible dar feria.

— Mamá dice que su libra nunca alcanza.

— Mi libra alcanza lo que alcanza toda libra. Lo que pasa es que en tu casa tragan mucha azúcar.

La niña se queda mirando la pesa. Le parece un misterio esos plomos de un lado y del otro la bolsa que se va llenando. Se curva un poco, se saca el azúcar. Ya están en equilibrio. Las manos doblan las puntas de la bolsa, recogen la plata y no dicen gracias.

— Organicemos una huelga. Yo seré el rey.

— ¡El rey será su abuela! ¡Yo no juego!

A lo largo viene doña Berta cargada con sus bolsas. Los niños corren hacia ella. Siempre vuelve. Se va un día, con palabrotas violentas.

— Nunca jamás. Lo juro por estas canas, lo juro por lo que soy, lo juro...

Una hora antes había violencia. Era la casa más entretenida del barrio. Esa gente sí que sabía hablar. Lo hacían duro y no daban tiempo a la réplica. Empezaban siempre igual.

— ¡A que sí!

— ¡A que no!

Venían los gritos y a veces las sillas caían en media calle. Ya se pelearon los de la casa de doña Berta. Poco después pasaba con una bolsa en cada mano. Esas bolsas de papel, con color de melcochas caseras. Se ponía su mejor traje y se iba cuesta abajo. Muy seria, muy señora. Al poco rato, un rato de una hora o de dos días, regresaba con las mismas bolsas. Venía en silencio, su-
biendo despacio.

— ¿Qué me ven? ¿No puede una ir tranquila, cuando va para su casa? Al fin y al cabo, ésa es mi casa. Al que no le gusta que se muera.

— ¡Viva doña Berta!

Se quedaba parada en el portón. Volvía a recoger las bolsas hasta abrazarlas con cada brazo. Entraba como un viento de noviembre, con un

toque frío y un aire peleón.

— ¡Vamos hasta el río!

— Mamá no me deja. Ayer me compró unos zapatos y me ha dicho que si vuelvo al río, los bota.

— No se dará cuenta.

— Siempre lo averigua todo. Por eso me quedo.

— A lo mejor te maltratan.

— Los compró un número más grande para que me duren mientras crezco.

La noche llega rotunda. Oscurece los portales, las cercas y las calles. Pocas casas tienen luz. Una luz suave y tímida. En los rincones se quedan las parejas, jugando a la noche, a la intimidad de las pequeñas cosas, al significado de los nuevos perfiles.

— Cinco pesos de frijoles.

— Aquí no se venden cincos de frijoles. Un cuarto de libra es lo mínimo.

— Cinco pesos de frijoles en otra parte es un cuarto de libra.

— No digás absurdos, ¡carajillo! Mi pesa es infalible.

— Su pesa es un juego de manos.

Corre muy largo. Va a la otra pulpería. La historia es la misma. La historia de los pobres es siempre igual. Se queda viendo un juego de chumicos, chumicos hundidos que casi no ruedan. Corre de regreso. Llega agitado. De por sí hace frío.

— ¡Qué vaina! Iremos al mercado, a ver que nos han dejado los ricos.

Detesta andar detrás de su madre. Se hacen tan largos los caminos. Después pesan tanto esas

verduras podridas que quedan en los callejones resbalosos de hojas negras, que huelen a zanahorias y a remolachas.

Los días llegan igual. Tal vez llueva y se tiendan las ropas en el interior o se ponen húmedas. Las casas de los pobres no cambian nunca, tal vez se empobrecen más.

— Cuatro pesos de aceite.

— ¿Trajiste la botella?

— Aquí la tiene. Bien llenita, por favor.

El hombre estira las manos. Corre botellas. Se le cae el cobertor de un queso, por partes amarillo y por partes verde. Diez pesos de queso es una rebanada transparente.

— Apenas si untó el fondo.

— ¿Qué querías por cuatro pesos? ¿Dos litros llenos? Aquí todo se mide. Yo vendo medidas.

Las cuadras también cambian. El hombre de los juegos de manos va hasta el mercado. Va muy temprano o casi de noche. Regatea.

— ¿Sólo esto? Cada día dan menos por más. Recuerde que soy un buen cliente. Siempre pago al contado. Merezco otro trato. Compró para gente muy pobre, tengo que defender sus intereses.

Carga él mismo los sacos, con las bolsas llenas de billetes. No le gusta caminar. Quisiera tener alguien de confianza. Ese es un deseo absurdo. Nadie es de confianza. La medida hay que administrarla uno mismo.

— ¿Qué quiere a estas horas? Ya la pulpería está cerrada.

— Sólo un poco de café, para la vela de doña Berta.

Se le reventó el corazón. Dicen que pelearon mucho. Está tendida en la cama y le corre la

sangre por la nariz.

— Así acaban los violentos. ¿Cuánto de café?

— Media libra ... fiada. ¡Mañana le pago!

— ¿Y me viene a despertar para una libra de café fiada? ¡Váyase al diablo! Aquí no se fía.

La puerta de la pulpería cerrada templaba al más pacífico. Dos puertas de madera, con la pintura cascada. Dos hojas débiles, por donde ya abría caminos el comején. El candado estaba por dentro. También había uno afuera, para cuando andaba de compras.

Se encontró con su medida una noche con niebla. Había llovido de las cuatro a las cinco. Un día con calores de mal humor. Se recostó a la pared, cayó sobre las rodillas y luego buscó los pies. La medida estaba atrás y brillaba.

VIRUELA

— ¡Viruela!

Se despertó de pronto. ¿Quién la había llamado? Un pelo suave le caía por la cara blanca, que recogió con cuidado. No. No había nadie. Estaba en la cama, seguro soñando. Aquella sombra. ¿Qué era aquella sombra? El corazón le latía desenfrenadamente. No. No era nada. El vestido que dejó mal colgado. Nadie, nada. Estaba soñando. Descubrió la ventana con más calma, ya veía en la oscuridad. Se fue tranquilizando. Aquella voz había parecido tan real. Frente al mar, sí estaba frente al mar. Carlos y José le gritaban "Viruela". Corrió entonces, corrió desesperada. Alzó un palo húmedo y completamente enfurecida iba tras las risas jadeantes. Entraron al mar. Entraron con seguridad. Ella tenía miedo, pero debía agarrarlos y suplicares que no le dijeran así, si lo seguían haciendo les rompería el palo en sus costillas. El mar la hundió, la arrastró un poco, pero logró sacar la cabeza. Los vio contemplándola con sus risas y el grito de "Viruela, cara de suela", la hizo luchar contra aquellas aguas revueltas. Tenía que salir, eran como manos llenas de fuerza que la sumergían y la hacían dar vueltas. Como juego hubiera sido muy lindo, pero ella no estaba jugando. Cuando salió de nue-

vo, oyó que decían: “Viria, hermanita, ya no te molestamos más”. Tenía una rabia inmensa y perdió el palo en una voltereta. Algo le sangraba en alguna parte. Seguro la rabia. Esa rabia interna de siempre.

— ¡Viruela!

La primera vez fue un juego de palabras. La prima ceremoniosa con el nombre de Flora, y era un florero. Tenía bucles amarillos sobre los ojos y lazos trenzados en el largo pelo. Es un florero. Lo pensé y lo dije. La prima sonrió sin comprender del todo. Lo repetí con burla y risa. Florero, florero. La hice llorar y se fue al rincón de la madre perfumada que la acarició lentamente, diciéndole que era linda y dulce, que yo era mala y amarga. Entonces fue mi madre, que jamás me abrazó de aquella manera, la que sacó lo de viruela.

— ¡Viruela!

El jardín era lindo y quería hacer ramitos para todos. Darles una hoja de violeta con un pensamiento, junto con una flor amarilla. Llegué con un vestido rosado, con un lazo absurdo que me jugaba entre las piernas. Quería estar feliz y robar la fiesta, hacerla mía. Alguien me empujó hacia una tierra suave y barrosa. Hubo muchas risas, más de las que podía soportar. Las lágrimas brotaron sin querer, de pura rabia.

— ¡Viruela, cara de suela!

Es la historia de las cosas rotas. Aquí no ha pasado nada. ¿Quién le dijo así? Nadie. Eso no tiene importancia. Hay que aprender a defenderse desde muy temprano. Adentro la rabia y la amargura. ¡Qué genio! Eso es todo. Un poco de disciplina y mucho castigo. Así se arreglan las cosas. No se puede estar quieta. Ella es la que

molesta primero. Pues que se aguante las consecuencias. ¡Qué ganas de enfermarme, de morirme! Está fingiendo. No le pasa nada, sólo ganas de llamar la atención.

— ¡Viruela, cara de suela!

La prima escondía los ojos y se sentaba tranquila, queriendo apagar todos sus murmullos. La prima tenía vestidos nuevos. Su pelo es tan suave. Sabe ya todo el abecedario y escribe su nombre. Esa es una cabra loca. No sé a quién habrá salido. Tiene cada ocurrencia que me deja maravillada. Has creído que el otro día me dijo que nunca se separaría de mi lado. Esa sólo querrá irse por los caminos, lo más largo de todos. Creo que nos odia. Los ojos se me habían amargado, los sentía como dos carbones encendidos, encendidos de rabia.

— ¡Viruela, cara de suela!

No. No podés ir. Eso es cosa de hombres. No. No lo podés tener, no tengo dinero, hay que comprarle a Raúl unos nuevos zapatos, él ha sido muy estudioso. No. No hay sitio para vos. No. No te pongás a llorar que no aguanto tus berrinches. No. Hoy tampoco es posible. Yo no había prometido nada. Sos una necia. Dejá de recordarme tus cosas, ya habrá tiempo de complacerte. ¿Otro vestido? Estás completamente loca, a Griselda se lo he comprado porque tenía que ir a una fiesta. A vos nadie te invita. Ya no tenía voz, sino un eco de rabia y de amargura.

— ¡Viruela, cara de suela!

El mismo corredor de siempre y el temor de las voces y de los gritos. Cuando andaba en la oscuridad todavía oía... cualquier palabra la sobresaltaba. Parecía que jugaban y hacían la can-

ción de “viruela, cara de suela”. Ella misma la entonaba y por eso la sentía en todas partes. Se volvía de pronto con miradas de odio. Ya no se peinaba, ni se recogía su pelo brillante. ¿Para qué? Siempre acababa sobre su cara, como el de un indio salvaje, cuando tenía que correr hasta el infinito detrás de aquellas voces.

— ¡Viruela, cara de suela!

No hay nadie en el mundo con una palabra diferente. El tampoco me escucha. ¿Para qué? Soy la peor de la casa. Soy la que trae más mala nota. Soy la que rompe los zapatos y deshace la ropa. Soy la que siempre está enferma. Soy viruela, cara de suela. Cuando llega nunca me mira. Al principio esperé. Después no.

Se avergüenza de mí. Ayer dijo que me encontró en la calle, corriendo como una loca, y que ni siquiera lo miré. Hubiera querido que me ayudara en mi cacería, que levantara su voz rotunda. Sólo hubiera encontrado su regaño ¿Para qué, entonces, reconocer que era mi padre?

— ¡Viruela, cara de suela!

Siempre tan calmada y comedida, incapaz de decirme cómo me decían. Me miraba con lástima y traía sus muñecas para prestármelas. Un día me dejó una florecita en la cama. Otro me regaló un lápiz. Para el cumpleaños me trajo un juego de cintas y me dio un beso. Le volví a decir floreo y me reí de ella, le dije que no quería sus regalos, que los botaba, que me repugnaban sus gestos de florero decorativo. Sólo sonreía con dolor y los ojos se le llenaban de lágrimas. ¡Flora, florero! ¡Flora, florero!

— ¡Viruela, cara de suela!

Era mi cuarto, aunque no del todo mío, lo te-

nía por unas horas, ya había hecho un trato para ello que me costó bastante. Entró con su dulzura hipócrita. Esperé que se acercara y cuando estuvo al alcance de mi mano, le pegué y le pegué hasta que logré ver sus lágrimas. Me quedé con un poco de su pelo amarillo. Entonces llegó mi madre y me gritó. Fue la primera vez que oí “¡Viruela, cara de suela!”, con una gran satisfacción íntima. Sí, lo merecía. Eso era yo, una simple viruela con cara de suela. Cuando dejaron de pegarme y de gritarme me sentí muy mal, se me había acabado la rabia y el orgullo. Era un pedacito de carne dolorida.

— ¡Viruela, cara de suela!

Alguien dijo que las cosas ya habían llegado a un extremo. Fue un señor de anteojos que llegó a hablar con mi padre. Su hijo había perdido un diente. Entonces llegó la imagen del hospicio de huérfanos, del bosque en que se perdía la gente, del hambre y del látigo con palabras y más palabras. Nada me importó. Me dejaron en el verano. Me olvidaron en el invierno. Me castigaron en Navidad. Me quitaron los cromos.

— ¡Viruela!

No te vayás. No te alejés. No te murás. ¿Para qué? Todas las voces llegan tarde.

Ya todo acabó. Acompañó a los últimos amigos hasta la puerta y la cerró con un gesto definitivo.

— Gracias, gracias. Me siento bien.

Repitió muchas veces esas palabras, casi como un autómatas. Ella cruza el jardín. La ve desde la ventana.

— ¡También ella!

Le era duro aguantarla en ese momento. Pudo haber cerrado las cortinas y apagar las luces, hacerse el sordo al timbre que tocaría impaciente y nerviosa. La sigue con la mirada. Ella se arregla el cabello con coquetería y con la ayuda de un pequeño espejo se retoca la cara. Luego se perfuma. Mira hacia la ventana donde está él.

Empieza a caminar con firmeza.

No le da tiempo de tocar la puerta.

— ¡Hola!

La voz suena jovial, como los geranios de la maetera que precedía la entrada.

— ¡Amor!

Lo estremece la carga de lujuria con que dijo la palabra. Si no estuviera tan cansado la habría cogido entre los brazos y la hubiera besado largamente. Se limita a abrazarla con efusividad y a rozarle la mejilla con un beso.

— No creí que vinieras hoy.

— Sabía que estarías solo. La gente nos abandona en momentos como éstos.

— Han venido muchos amigos. Pero hubiera preferido estar solo. Además, no estoy exactamente triste. Me siento muy cansado.

— ¿Le estarás dando vuelta a lo amargo que tiene la vida?

— No he tenido tiempo de pensar en nada. Cada uno me ha traído una versión diferente. Tal vez más adelante pueda analizar lo que pasó.

— Y, ¿qué pensás hacer?

— Dormir. Dormir lo más tranquilamente que pueda.

Ella se calla. Ordena las flores ajadas que están sobre la mesa del vestíbulo. Camina hacia la oficina. Se devuelve. Deja caer su abrigo en un sillón.

— Estás muy poco amable. Debías ofrecerme un trago.

Los ojos maquillados como los de una fiera decidida, brillan con cierta malicia.

— Hoy estoy hecho un idiota. Es que me caigo del cansancio.

— Creo que resistirías que conversáramos un rato. No te pienso abrumar de preguntas ni de comentarios. Tampoco vengo a mofarme ni a darte mi lástima. Te traigo mi amor.

Suena a discurso preparado. Él, detrás del bar, sigue trajinando las copas y los licores.

— No tenés que decir nada. Comprendo tu gesto y te lo agradezco profundamente.

Quería que no hubiera más discursos. Había oído y dicho tantos. Desde la primera palabra presentía el contenido que se iba cumpliendo con

exactitud. Claro, siempre había alguno que se enredaba en las frases y no lograba encontrar el hilo perdido. A éstos les ayudaba desde su silencio prestándoles ideas y palabras.

— ¿Todavía te gusta seco?

— Sí, muy seco. No he cambiado en mis gustos. No podría hacerlo, son parte tuya.

Se acerca con las copas y ambos se sientan en el sofá. Un olor indefinido de plantas y de tierra húmeda entra por el balcón abierto. Ella moja sus labios, deja la copa y se acerca a él, que la recoge y la acuna en su hombro.

— No estoy dolido. La vida nos va enseñando con sus golpes duros.

No tiene ganas de filosofar, pero todo el día ha estado a la caza de palabras profundas para poder envolverse cómodamente.

— Hoy estoy llena de recuerdos. He recorrido desde nuestro primer día hasta este momento.

— Siempre has querido una situación como ésta, ¿verdad?, para entrar triunfal.

— Sos muy cruel. Ninguna situación cambiará mis sentimientos.

— Pero ésta es la más oportuna. El hombre derrotado que en un instante lo ha perdido todo, hasta el derecho de levantar la cabeza.

— ¿Qué te hizo abandonarme?

— Nada especial o concreto de mi parte. Sólo el hecho de tu reserva cada vez más aguda.

— No podía seguir el camino de todas y entregarme a tu más leve capricho.

— ¿Capricho? Te hiciste necesidad.

— Necesidad que se colma y se olvida para dar lugar a otra necesidad.

— No quiero discutir hoy, aun cuando tus a-

precitaciones^{són} falsas como siempre. Por eso me fui un día, cansado de discutir entre tu reserva y mi desbordamiento.

— Ahora todo ha cambiado.

— Ahora ya no tiene importancia.

Ella sube los pies al sofá y retira sus zapatos. Se acerca un poco más, con gesto de tener frío. El le acaricia el brazo vagamente.

— ¿En qué pensás?

— Quizás en nada, pero estoy lleno de voces por dentro. Aún no encuentro la mía.

— ¿Te han golpeado duro?

— Sí, aunque aún no me he dado cuenta de su significado. Te repito que estoy cansado.

— Cuando antes estabas conmigo, ¿en qué soñabas?

El mira a lo lejos, al vacío. ¡Qué fácil es esperar las cosas! Algunas llegan cuando ya no se quieren ni se desean. Hasta ayer la deseaba. Hoy simplemente no podía, estaba demasiado cansado.

— En tenerte.

— Hoy vengo a quedarme.

— No quiero tu lástima.

— No es lástima. Siempre quise entregarme, sólo que esperé demasiado el momento. He escogido éste.

Se separa bruscamente de ella para verle los ojos. Están claros y seguros. Podría buscar su boca entreabierta y audaz. ¡Qué extraña coincidencia! Hoy, precisamente hoy que no la desea, que le parece un objeto, le incomoda hasta con la voz.

— Sos muy original en la forma de dar los pésames.

— Nunca he creído que estuvieras para recibir pésames hoy.

— Hoy y los días que sigan hasta que se ol-

viden. Unos han venido a decirme tranquilamente que lo sienten. Otros a patentizarme su amistad. Muchos a ver la cara que tenía. Pero vos me sorprendés en realidad. Venís con un tesoro ... el que tanto desee en otro tiempo, el que te empeñaste en negarme.

Ella se desconcierta. Alcanza la copa, bebe un poco y toma un cigarrillo que él le enciende con gesto abandonado.

— Te gustan los derrotados.

— Te quiero.

— Lamento que para mí hoy eso no tenga importancia.

— Pero, ¿no comprendo que se puede acabar todo? Ayer me llamaste por teléfono ...

— Ayer quería olvidar mi encuentro con el hoy y vos eras el mejor estímulo para eso.

— Entonces, siempre me has considerado una especie de droga.

— El amor es la droga más fuerte que existe.

— Y ahora, ¿no necesitás drogas?

— El cansancio es enervante también y no deja querer. Aprisiona la voluntad. El que tenés sentado a la par es un simple hombre agotado que no desea nada.

Ella piensa, él cierra los ojos. El timbre del teléfono empieza a sonar, cada vez más fuerte y más insistente.

— ¿Otro pésame?

— Quizás sea alguien con sentido de comodidad que desde lejos quiere decir con simpleza: "todavía soy tu amigo".

— Te has endurecido.

— Siempre se endurecen los músculos cuando nos pegan.

— Muchas veces te repetí que no aceptaras ...

— También eso recordaste cuando decidiste venir ... ¡No! No quiero reclamarte. Has venido con el mejor regalo del mundo. Soy muy torpe.

— ¡Qué de contradicciones hay en todas partes! Ayer sólo encontré tu deseo de triunfar, hoy no querés más que derrotas. Siempre ha habido trincheras entre nosotros.

— ¿Recordás la historia de la lámpara de Aladino? El gigante cambiaba sus ofrecimientos conforme pasaba el tiempo. Algo de eso nos ha sucedido.

— Ahora estoy desnuda y no sé cómo vestirme.

Ella se para y se pone el abrigo. Él sigue sentado con los ojos cerrados. Siente un beso que no llega a sus mejillas.

— Gracias, gracias. Me siento bien.

El silencio que cuelga de las lámparas se extiende por el cuarto.

El viento se levantó temprano hoy. Se despeinan las copas altas de los árboles y dejan caer las hojas amarillas, las secas. El camino está sembrado por una lluvia de hojarasca tostada que se quiebra bajo mis pasos. Es el abono del viento.

Amanecí temprano al borde de un camino. Me había quebrado como una rama rota para retener mi propio calor. Oí muchas cosas durante la noche, pero no quise escucharlas. Unos pasos por los cañaverales cercanos. Un arrastrarse entre los árboles. Un lento aullido de presagios.

Encontré primero un botón en el cielo. Una estrella difusa entre los dos picos de una montaña lejana. Empezaron los pájaros a revolotear. Mucho después los rayos atravesaron los árboles suavemente, con algo de historia de iglesias perdidas, de liturgia silenciosa.

En el camino fui perdiendo el dolor de los miembros encogidos. Ya me pesaba de nuevo la mochila.

— Una camisa blanca y un pantalón planchado. Que te veás bien vestido. A la entrada del pueblo te cambiás.

¡Qué larga caminata! Atravesé la ciudad con un poco de su silencio. Todos parecían dormir.

Los que quiero ya están dormidos para siempre.

La abuela tenía el brazo levantado cuando me echó. Me dijo que no era bueno. Tenía razón, mucha razón. Pero sí era bueno para algo, para sufrir y hacer sufrir.

Ya las palabras no tienen importancia. Lo único importante es caminar siempre, con los instintos despiertos para que me guíen por la oscuridad y me aparten de los malos animales. El día no acaba de levantarse. A lo lejos sale un humillo de café tempranero. Si me acercara, podría oler el maíz reventando con cal y ceniza. Luego el palmoteo y las brasas furiosas. Las ramillas que danzan y danzan hasta quedar como un polvo gris que hace toser. Hacia una casa voy también. Encontraré en las mañanas una tortilla sin sal y un poco de café a punto de hervir.

Viene un hombre con su pala colgando del brazo. Atrás en la espalda, un puño de arroz añejo con frijoles derritiéndose fuera de la cáscara blanda.

— Voy para San Gabriel de Rincón Viejo.

— Está ahí no más.

Señala la montaña, detrás de la otra montaña.

— ¿Doña Jesusita? Espere para ver si la recuerdo. ¡Ah sí! Doña Jesusa, la renca.

— No, no es renca. La que yo busco vive a la entrada del pueblo. Tiene una casa azul con blanco y un corredor lleno de geranios.

— Precisamente ahí vive doña Jesusa, la renca.

Comienza la historia. Densa y oscura. Una vieja sola sin corazón. Tenía un hijo malo que se

fue hace mucho. Ella era como un hombre. Vendía lo que tenía a mano, hasta los geranios. Para su venta de leña, talando los árboles tuvo un día de mala suerte. Se le vino encima uno grandote y ¡taz! Casi se desangra en su propia tierra. Por vender palos ahora carga con un palo por pierna.

Me marea su historia y tengo ganas de devolver las galletas secas que comí junto a un eucalipto enorme. Le digo adiós y sigo caminando. ¿Por qué no me contó esa historia antes de morir? Quizás él mismo no la sabía.

El camino se hace cada vez más solo. A veces encuentro un grupo de vacas rumiando. Otras un caballo que mira el horizonte. Comienza y termina un pueblecito perdido en la primera montaña. Como de nuevo galletas con jugo de naranjas robadas a la orilla de la vera. El agua refresca los recuerdos y las voces. Una mujer lava sus ropas y me mira como si yo fuera una iguana.

— La abuela siempre fue vieja. Vos todavía no sabés lo que es ser viejo. Por eso no podés comprender que no fue ni dulce ni amarga. Era una pared muy fuerte con miles de retratos colgando.

La mujer me ofrece su huacal y me dice que más arriba el agua viene muy clara.

— Voy para San Gabriel de Rincón Viejo.

— Está ahí no más.

Señala un punto entre las hojas de un higuérón frondoso.

— Claro que conozco a doña Jesusa, la renca, aunque yo la llamaba doña Jesús. La vi el último invierno. Tenía la hortaliza más verde de todo San Gabriel de Rincón Viejo. Cogía las verduras más buenas y se las llevaba a los Carpios. Se las dejaba en silencio, después desaparecía como

una sombra. Siempre le tuvo miedo a su buen corazón y gruñía cuando alguien le decía que era tan buena que hasta su pata de palo iba a florecer.

Esa historia y otras más crecen en mi corazón. Se unen a los recuerdos y van caminando conmigo. Otros puntos de vacas inmóviles. Otros caballos en el horizonte. Más galletas en un quiebre de la senda. ¡Qué amable fue la mujer que lavaba en el río! Ahora me doy cuenta de que en el pequeño río un espejo me reflejaba solo.

Pasa un hombre, pasa otro. Van de regreso a algún lado. Me encuentro un viejo en el camino.

— Voy para San Gabriel de Rincón Viejo.

— Está ahí no más.

No señala, es manco y con la otra mano arrastra un leño. Mira hacia allá, por donde vuela un pájaro negro.

— Hace algunos años que la dejé de ver. Siempre estaba temblando, le tenía miedo hasta a su sombra. No nació para envejecer y Dios la castigó haciéndola durar más que lo que tuvo en la vida. Perdió hasta la casa, pero lo que más le dolió fue el hijo que se le fue una noche de tormenta. Los hijos le nacían podridos. El último estaba podrido por dentro. Jesusita quería tenerlo bajo sus riendas y lloró mucho cuando se largó del pueblo con una cualquiera que se quitaba las enaguas cada vez que hacía calor.

Mi madre sin enaguas en un rincón de las montañas. Mi madre sin enaguas en las calles de polvo. Mi madre sin enaguas en el centro del pueblo.

— Tu madre era una suma de debilidades y se quedó para siempre en un camino. No hablemos.

Me duele recordarla. Cuando tengas un tiempito rezá por ella y no te aflijás mucho que debe estar riéndose en el cielo. Porque fue débil pero sonriente.

La noche va entrando poco a poco. San Gabriel de Rincón Viejo sigue estando ahí no más. Me quiebro de nuevo como un mueble replegable. Llega un hombre oscuro con un solo ojo brillante. Me endezco como una figura de goma.

— Voy para San Gabriel de Rincón Viejo.

— Está ahí no más, vengo de allá.

La voz es también oscura y le pesan las palabras que le salen con escupites que huelen a liques espesos.

— Claro que conozco a la renca. Yo mismo arreglé su entierro y la cargué un rato. Me quise poner bien con el diablo y le ayudé a enterrar a su fiel servidora. ¡Qué lengua la de la renca! La gente decía que no cabría en el ataúd. Sabía destilar su veneno. Encogida y con su eco de palo parece que atisbaba en las ventanas. Ahora los niños del pueblo están con miedo. Doña Renca puede volver a perseguirlos con su pata de palo.

La noche se hace larga en sonidos y pensamientos. Ya no está. Ha muerto. Las chicharras dialogan con los grillos. El eco de una pata de palo siembra miedos en mis orillas. Nada hay bueno en la noche. No vuelan las mariposas, no cantan los pájaros.

Me quiebro tan hondo que la tierra me acaricia. No sé si llego al sueño.

— Para la semana santa hacía una conserva de chiverre. Para los cumpleaños y la navidad envolvía sus tamales olorosos. A veces me contaba cuentos de niños perdidos. Otras, mientras

se sonreía, me hablaba de los ángeles. No era buena ni mala. Tan sólo una anciana llena de refugios. Siento no haberle comprado nunca una mecedora. Pero, ¡vos lo harás! Cuando llegués al pueblo cambiate la camisa y el pantalón para que te vean bien plantado. Le decís que yo te mando. En el primer tiempo que tengás buscás unas maderas secas y le carpinteás la mecedora. Una mecedora que la arrulle y que chille mucho para que sepás que ella ahí está soñando.

La mañana me encuentra cansado y sudoroso. Ya no quiero galletas ni jugos de naranja. Hoy el viento está dormido. Los árboles muy quietos sólo se caen en las sombras. Una hormiga a lo largo, una hormiga que crece y de pronto tiene voz.

— Voy para San Gabriel de Rincón Viejo.

— Está ahí no más.

Señala el vacío.

LA INVITACIÓN

Con letras góticas modernizadas recibió el pequeño mensaje. Una hora, un día.

Ya le tenía miedo a su soledad. Creía haber tomado el color verde de las paredes de su cuarto. Todo resultó tan sencillo. Suprimió la respuesta a los timbres que parecían mover las cosas en aquel pequeño aposento.

— Me estoy alimentando. Sólo en la soledad más absoluta logra uno alimentarse.

No se hizo preguntas. Abría los libros y los extendía por todo el piso tejido verticalmente.

Yo. Con el hueco blanquísimo de un caballo. Rodeado de espectadores que tienen hormigas en las palabras.

La vocación consiste en ser uno mismo, en llevar la propia causa a la victoria.

Haber nacido para vivir de nuestra muerte.

La amistad es tan precaria como la vida; pero el odio no yerra nunca a su hombre y es seguro como la muerte.

Quiero vivir y no me interesa si los otros saben o no que estoy vivo.

Nada hay tan terrible como sentirse fuerte, capaz de hacer algo, y no hacer nada, y malograr-

se sin razón.

El reírse de los demás es acaso la mejor medicina para no dar en reírse de sí mismo. ¿No es terriblemente trágico el morir reventando de risa de sí mismo?

En un espacio curvo, no se pueden trazar líneas rectas.

Apuntes en hojas amarillas, desordenadas, grasientas. Amontonamiento de libros y papeles que asomaban las puntas entre las franjas verticales. En la ventana la sombra varonil de un pico. Dos o tres lápices se esconden y aparecían entre aquel desorden. Un olor a tabaco aprisionado y denso. Unas migajas de pan y de arroz sobre las mesas.

Del mundo de antes quedó un retrato. Está detrás de unos libros azules. Era de otra época, ya tan lejana. Cuando la soledad le dolía, le dolía en las manos, en los pies y en los ojos, miraba con lentitud aquellas caras muertas, inertes, sin palabras.

Podía pensar en la luna infinitamente pero ya la luna no tenía significado. Podía pensar en todas las cosas hasta agotarlas. Podía no levantarse más sin que su soledad se extrañara.

El mismo no tenía ya sentido, había tenido demasiados. Tampoco encontraba las palabras. Completamente solo había perdido su propia percepción. Era la soledad. Le quedaban las frases que febrilmente entresacaba de los libros y llenaban las páginas amarillas. Llegó un momento en que se le confundieron con sus propios pensamientos. No había distancias. Estaba a la altura de las otras soledades.

En las mañanas se decía "presente". Tenía

que decirse a sí mismo: "aquí estoy". Ningún otro ser lo podía hacer por él. Los timbres dejaron de sonar.

— Parece que se fue al exterior.

— Siempre habló de un monasterio. ¿Será posible?

— Simplemente desapareció, sin dejar el menor rastro.

Aquella soledad tenía un sabor a muerte. Había desaparecido todo menos la voluntad de estar solo. Y, ¿si sonara en estos momentos el teléfono? El corazón le temblaba con sólo pensarlo. Tenía miedo de que su voz sonara a páginas amarillas. Y, ¿si alguien llegaba a su puerta y lo buscaba? No podía mostrarle ese color verde de sus dientes, de su pelo, de su cara. El verde de las paredes se le había fundido hasta en el alma.

Empezó a temer a su propia soledad. Empezó cuando se dio cuenta de que ya no dialogaba consigo mismo. Se habían agotado las preguntas y las respuestas. No resistía su propia voz en aquel silencio. Tampoco le hablaba a sus libros. Los leía por partes, ni siquiera completos. Eran siempre los mismos trozos. Ya no los pensaba, se los sabía de memoria.

— Tengo que comprar otros libros. Necesito alimentarme más.

No podía salir. Había voluntad de soledad en sus pies. No podía resistir una conversación concreta.

— ¿Le puedo servir en algo?

— Quiero libros.

— ¿Cuáles libros?

— Muchos libros.

— ¿Química, física, ciencia, arte, literatura, poesía?

— ¡Váyase al demonio! Quiero estar solo, absolutamente solo.

No podía salir a decir tales absurdos. Empezó a contemplar la sombra del pino que se asomaba a la ventana. No pensaba en ella. Simplemente la contemplaba. Con el tiempo llegó a hablarle en su silencio.

— ¡Buenos días; Hoy no te faltará el agua. ¿Para qué la querés? Ya no estás creciendo. Sos todo lo pino que podrías desear ser.

La mirada al pino se fue convirtiendo en una obsesión. Lo veía como a una obra de arte. Luego lo asimiló como si fuera un trono de j^érarquía sobre todo lo verde que hay en el mundo. Después lo miró como a un simple árbol, largo, concreto, vertical. Cuando descubrió que el pino no estaba solo, que le revoloteaban las mariposas, que tenía nidos de pájaros, que los gusanos se le enroscaban, que hierbas extrañas le crecían, comenzó a despreciarlo con la fuerza de su soledad.

— ¡Bah! Ese pino no supo ser árbol. Le tuvo miedo a su propia salsa, como todos.

La soledad le había dejado rasgos en la cara. Tenía la boca amarga y cualquier gesto en él se cristalizaba. ¿Cómo romper aquel extraño contacto?

— Tengo que salir. Quitarme este miedo de encima, este miedo de ser una máscara.

A veces pensaba en conversaciones. Me dirán y diré.

— Viejo, ¿dónde has estado?

— Viajando. He visto mucho.

— ¡Qué alegría verte! Estás mejor que nunca. Algo te brilla en los ojos.

— Estoy como siempre, son cosas de tu imaginación.

Las frases montadas se alternaban con encuentros

donde no era siquiera reconocido, donde llegaba y nadie lo notaba, donde decía su nombre y se encontraba con el olvido.

La soledad era una realidad absoluta. La tocaba cuando su mano izquierda se encontraba con la derecha y a ambas las sentía frías y ajenas.

Ahora, ese papelito blanco, con letras góticas, modernizadas. Un día, una hora, un motivo. Lo seguía viendo detenidamente con sus manos temblorosas. ¿Qué era eso? Un nuevo edificio que se inaugura. ¿Por qué se le invita? Su mente no lograba hacer conexión alguna. ¿Le había borrado la soledad los recuerdos y los nombres?

Algo había de eso. En el retrato detrás de los libros empezó por no reconocer a dos figuras altas, espigadas. Después no supo el nombre del maestro sentado. Se le confundieron tanto los recuerdos que tampoco pudo adivinar cuál de todos era él mismo. A lo mejor uno de tantos. Siempre se es uno de tantos. Quizás ni siquiera estuvo nunca en la fotografía. Además si lo estuvo ya no podía ser él mismo.

Nadaba en la oscuridad más absoluta. Había conocido en su propia carne la infinitud de los minutos, el ir perdiendo poco a poco la conciencia, hasta la imagen.

Un día, una hora. ¿Podría moverse? La sombra del pino cae perpendicularmente contra los

libros que permanecen siempre inmóviles y abiertos. Ya no leía. Se sentaba en un rincón a contemplar el infinito.

Las letras góticas, modernizadas, le fueron resultando ridículas. Se corrían y se golpeaban unas con otras para adelantarse inútilmente pero en ese constante movimiento se hacían ilegibles. ¿Cuál día, cuál hora?

— Alguien me ha querido tomar el pelo. No hay ninguna razón para que se me invite a un acto tan formal.

Se ríe espesamente. Se asustó de su risa. Tenía los labios agrietados, secos y se rompieron con las carcajadas que parecían toses de abuelos lejanos.

— Se equivocaron. Esta invitación no es para mí. ¿Dónde puse el sobre?

El sobre estaba junto a la puerta hecho un puño redondo. Lo desarrugó con precisión. "Luis Alonso Castro, Ex— Gerente".

— Ese nombre me suena pero no puede ser el mío. El mío es ... ¿Cuál es mi nombre?

Ya no existe la sombra del pino. Ahora todo está oscuro. En el cuarto hay un sollozo que se alarga y cae retumbante entre las páginas amarillas. ¿Cuál es mi nombre?

ADIÓS

Sobre la playa un montón de caracoles se quedan haciendo burbujas después de cada ola. Más arriba los buchones se pierden en piruetas ágiles. Olor a sal y a yodo.

Alguien pesca sobre un puente derrotado y la mirada se le pierde en el mar. Sabana vercosa que se agita con un volumen de fuerza violenta y a veces toma la serenidad del cielo que refleja.

Una barca se pasea al azar del viento y las mareas. Un niño persigue un cangrejo. Una casa se inunda en el mar. Colores de verano intenso con nubes de polvo.

— ¡No te olvidaré nunca! ¡Nunca!

Las arenas recogen los murmullos, los entregan a las olas. La playa es un mecanismo de memorias y de olvidos.

— El mar y Dios son testigos de nuestro amor. No temás. Te quiero por siempre.

El mar en algún lado está en tormenta. Siempre hay un punto en que el mar descarga sus furias. Ahora llega manso, arrullador, suave. Se tiende como una alfombra y toca tímidamente las puertas.

— Tengo miedo. Siento que el mar tiene ojos y nos ve.

Algo de plata brinca en las aguas. Más allá

los manglares se sacuden sus motas de sal y yodo. La marea alta humedece las arenas más secas, boronas casi blancas que recobran el lustre.

— Más adelante podremos decir que nos amamos frente al mar.

— ¿Amamos? ¿En pasado?

— No. En eterno o sea en presente y en pasado.

La noche llega con lucecitas de luciérnagas, que revolotean entre los matorrales. El mar en marea baja abre grandes frentes a la playa. Siempre hay burbujas de caracoles y carreras nerviosas de cangrejos que pierden sus casas en cada ola. Ya no vuelan los buchones pero las manchas de plata siguen brincando los lomos del oleaje.

— La noche te perfuma aún más.

— Quiero ser parte de tu mar.

Un pescador lejano busca en las aguas que se cierran en cavernas de oscuridades. Todo se refleja: luces, casas, recuerdos, sonidos. Extraños juegos de chapoteo se van con el viento. Los manglares siguen tranquilos brillando como sombras azules.

— Dame tu mano en promesa de amor.

— Me he dado entera.

La sirena de un barco siembra de música triste un muelle donde se agitan los brazos y se cargan las espaldas. Bananos y cajones. Rieles y petróleo. Pescadores silenciosos velan la agonía. Una brisa de agua salada va oxidando los minutos.

— Estoy viviendo a tu orilla.

— He quedado presa de tus brazos.

Ya no hay barcas livianas en la lejanía. Ahora

reposan horizontalmente sobre las arenas amarrados a los pequeños muelles, señales domésticas en los caminos del mar. Las olas están creciendo y avanzan sobre las anchas frentes de la playa. Una hinchazón de olores, sal y yodo se extiende por encima de las casas. Alguien canta una canción monótona. Otro levanta los brazos y dice adiós.

— Es demasiado tarde. Tenemos que regresar.

— Todavía no. El mar está aún bajo.

Una pequeña luna se asoma por las montañas, masas de negros oscuros, lejanas, incócretas. Sube lentamente por el cielo desierto de estrellas y nubes.

— Tengo que irme.

— ¿No dijiste que era para siempre?

Los caminos están oscuros y los pasos se orientan por el ruido del mar. Los pescadores recogen los hilos, botan las carnadas malolientes y ponen en fila el botín de la noche. La brisa levanta un oleaje violento y tira espumas que recoge un mar erizo.

— Es necesario que nos marchemos.

— Déjame un rato más entre tus brazos.

De nuevo una sirena. En el muelle hay agitación de manos y de espaldas. Un tren bufa pitándole al vacío. La brisa se lleva los humos y los pierde entre los manglares. Más allá un reloj mira una plaza solitaria hasta donde llegan los cangrejos. Brindis y despedidas. Ojos abiertos danzan en el insomnio. Un bar se inunda de calores.

— Mañana podremos volver. Ahora no puedo quedarme más.

— Un poco más. Sólo un poco más.

El amanecer va descubriendo las voces y los oficios. Lentamente. La marea alta mece los botes en fila. Las boronas blancas de arena seca están de nuevo lustrosas. Los caracoles dejan burbujas. Los cangrejos siguen corriendo nerviosos. Los buchones abren sus alas y caen perpendicularmente en sus cacerías.

— ¿Por dónde encontrarlo? ¿Por dónde? El mar es mudo y cruel.

El sol es un espejo dorado. Unas nubes blancas se diluyen perezosamente en figuras de cal y almidón. Los manglares siguen firmes y verdes de yodo y sal. Unos niños tiran redes, otros escarban almejas. Cuando se cansan, sus cuerpos rojos tropiezan con las olas altas

— Vendrá porque su amor es eterno.

En las distancias vuelven a sonar las sirenas.

— Volverá porque no quiso decirme adiós.

En las paredes hay siembra de caracoles sin burbujas.

— Lo tendré de nuevo porque es mío.

En el aire se sumergen los buchones.

— Sus promesas eran de mar.

En la playa siguen corriendo los caracoles.

— Lo esperaré.

En el lomo del mar se asoman trozos de plata.

PASAPORTE DE PALABRAS

(He viajado por todo el país y casi por el continente con veinte adjetivos. Quizás sean más. Para ser preciso podría decir que con veintiún adjetivos. El más importante de ellos ha sido maravilloso. Esa palabra me ha abierto puertas y fronteras. Claro que lo he sabido entonar y ponerle de vez en cuando signos de admiración. Otro muy práctico ha sido acertado. Lo que he conseguido con esa palabrita. He tenido que esperar la oportunidad para lanzarla y cada vez que lo he hecho en el momento indicado produjo un buen efecto. Las miradas se concentraron en mí y empecé a recibir a la vez un montón de bonitos adjetivos. Fantástico, fabuloso, estupendo, inteligente han formado parte de mi equipaje muchas veces. Y siempre han tenido sus resultados. Bondadoso, sesudo y positivo han caído lentamente sobre las mesas y han vuelto a llenar las copas para brindar por mi salud. Como arcos de triunfo han figurado en mi lenguaje palabras como positivo, estimulante, esclarecido. Claro que no he dejado de aplicar esas muletillas de elegante, bueno, magnífico. Una de las que ha encontrado gradas en todas las almas es amplio. ¡Cómo se aflojan las tensiones cuando con sonido firme se aplica amplio! Amplio corre fronteras

y borra líneas. No todos la resisten. Algunos prefieren flexible, son siempre aquéllos que tienen un guiño en sus ojos medio miopes. Equilibrado, claro, sustancioso son adjetivillos que se pegan al corazón y hacen respirar profundo. Recuerdo que en cierta oportunidad lancé un sustancioso con voz medio apagada y se acabaron las timi-deces del que hablaba. Me miró como si fuera un descubridor de continentes y se plantó muy erguido en su disertación, que no acababa nunca. Hay que estudiar a las personas para aplicar un creativo o positivo. Si se trata de uno de esos idealistas, que asegura su vida en préstamos hipotecarios a un interés moderado del cinco por ciento mensual, nada más adecuado que la palabra creativo. Pero si se habla con una de esas personas que nada les resulta se debe escoger positivo. La historia de mis veinte adjetivos es la de mis viajes, entradas y salidas por los países como por arte de magia. Amigos por un lado, amigos por el otro, casas dispuestas a recibir, oídos siempre abiertos a mi mensaje. Hasta allí todo iba bien. La historia del veintiuno es algo dolorosa. Tenía una llave infalible para asuntos de mujeres. La pura verdad es que les he dicho las mismas cosas. ¿Para qué preocuparme por inventar palabras nuevas cuando esperan la monótona letanía de la admiración primero y luego de la rendición absoluta? Este adjetivo era simple, tan simple que parecía que casi no se decía, que era un poco de silencio cálido creando una relación de vía interna, una de éstas que florece en su oportunidad. No lo digo porque podría parecer ridículo. Hablando de la luna, de la soledad, de la esperanza, sonaba a ruisiñores, cantores lentos en una noche que se hacía cada vez más corta.) La conocí un día cualquiera. Casi no recuerdo cómo fue que nos encontramos. (Me sentía

mal, algún fallonazo de adjetivos me había quebrado los nervios. Si hago memoria, podría decir que alguien con anterioridad había hecho eco a un calificativo de maravilloso, con un comentario de halagador sin escrúpulos. Lo volví a ver con aire de inteligencia porque cuando se vive de adjetivos hay que conservar con cuidado las facciones en estado de alerta. Me respondió con una mirada de desprecio, como si yo tuviera un alma de masas que aplaude cuando todos aplauden y vocifera cuando todos vociferan. Claro que siempre he estado con la mayoría. ¿Por qué no confesarlo? La mayoría siempre tiene la razón ... y si no la tiene por lo menos tiene el peso de la mayoría.) No estaba en el medio de un cuarto. Nunca fue de esas mujeres centro de ninguna reunión. Por eso creí que era una fácil presa, de las que caen envueltas en el primer adjetivo que se lanza. Tenía los ojos tímidos, casi escondidos. En vez de ver a la gente se perdía en las imágenes iguales que tienen las ventanas. Pensé que debía acercarme, casi en un gesto concesivo. Me han gustado los contrastes. Mi brillantez, mi oportunidad siempre certera frente a su poquita cosa resguardada en un rincón. (No puedo acordarme exactamente qué le dije. Seguro lo mismo que a todas. Con las mujeres hay que repetirse, creo que esto lo había dicho antes. No importa, cuando se sabe una verdad hay que repetirla. Si a una mujer le sale uno con un gesto original, le confía lo que piensa o le deja de hacer el amor al estilo de película escabrosa, no logra ni su número telefónico. Pero si se crispa uno de emociones aprendidas de memoria y pocas, muy pocas veces sentidas, entonces abren las puertas. Entreabiertas o de par en par según el estilo y la necesidad de cada una. Eso sí, hay que ser discreto, muy discreto, respetuoso de sus senti-

mientos y buscar la salida en la primera oportunidad que se presente. Y para eso de pretextos puedo calificarme como un verdadero experto. Que si mi carácter difícil, que si un viaje, que si un encuentro inesperado, que si problemas de salud, que si celos. Motivos hay a montones para picar el boleto hacia otros rumbos.) Ella me miró largamente, tal vez un poco sorprendida. Pude pensar lo que la halagaban mis palabras. Me sentí en terreno seguro. Empecé a soltar mi adjetivo infalible poco a poco, escaseándolo al principio, hasta que creí que pisaba terreno firme. Logré una cita. Llegué un poco retrasado y la encontré nerviosa, queriendo pretender una indiferencia que le calzaba peor que aquel vestido vistoso que se había puesto. Un poquito después pasé a la historia del regalo. Le di también lo que a todas, un libro de ensayos. (Los libros de versos ya están pasados de moda, además no se editan los que tienen versos de amor resonantes y desesperados. Los poemas de amor de Neruda ya casi no se estilan. Están tan trillados que hasta los policías recitan a las cocineras aquello de "puedo escribir los versos más tristes esta noche". Debían vender libros circunstanciales de amor para cada oportunidad. Un tomo para el principio del noviazgo, otro para cuando está más avanzadito y finalmente uno para cuando se quiere decir adiós. Ese ojalá que tuviera mucho dolor entre palabras de consuelo. Por cierto que podría hacer mi buen dinero dándole estos consejos a un editor.) Me imagino que se tragó el libro de ensayos y casi se lo aprendió de memoria. Esta fue la primera sorpresa. ¿Qué iba a saber yo que el autor decía cosas tan audaces sobre la conducta del hombre? Me empezó a hablar de autenticidad, del respeto a uno mismo, de la necesidad de ~~de~~ encontrar la vida interior. Ca

da encuentro era una especie de sermón. (Decía mi adjetivo muy bajito y no lo oía dentro del hiltán de su explosión como ser pensante. Lo decía un poco más alto y tampoco le ponía atención. Comprendí que estaba pasando a segundo plano.) No avanzaba mucho el amor. Ella me había tomado como un compañero con quien dialogar de aquel libro del demonio. Comprendí que debía leer el compendio de sabiduría que regalé tan despreocupadamente. Lo leí con atención más de dos veces y no entendí nada. Era como una corriente de cosas que hieren sin sentido, que no dejan más que escarbos en la firmeza de la personalidad. Le había hecho un mal a aquella mujer. Lo peor es que no la podía olvidar. De su insignificancia sobresalió como una flor perfumada. Sus sentidos se habían abierto completamente y la deseaba más que a mi propia vida de comodidades, de siestas apagadas y largas. Ella ni siquiera se daba cuenta de mi presencia. Llegaba a las citas urgida de otros quehaceres. Siempre impaciente por terminar. Un día afilé mi voz más que de costumbre y deslicé mi adjetivo para que tupiera todas mis palabras y encontrara alguna respuesta en sus emociones. Estaba tan seguro de su efectividad... hasta que ella dijo severamente: "No aguanto más que me digás esa solemne tontería". Empezó a hablar de la vida interior, de la dignidad humana, de la forma en que había que vivir para ser auténtico. Me dijo que era simplemente un pobre idiota, un ser vegetativo, un parásito, un vulgar, un horrible adjetivo. (¡Un horrible adjetivo!). No contesté porque tenía lágrimas en los ojos y desde niño mi madre me ha repetido que los hombres no lloran. Se fue violentamente y me rompió en la cara mi pasaporte de palabras. (No sé si la quise o no. Sí la deseaba. La quería con caricias para dejarla sin

voz. Tampoco sé si me importó lo sucedido pero su recuerdo no me abandona. Desde entonces siempre he sentido una ligera angustia cuando me acerco a una mujer y empiezo a repetir palabras suaves dentro de las que va mi adjetivo. Por supuesto no he vuelto a regalarles libros de ensayos, aun cuando tenga la seguridad de que son incapaces de pasar del prólogo. Ahora les regalo libros de versos. En una librería encontré varios tomos de poesía romántica, y aunque mencionan mucho a la muerte resultan maravillosos. Y he estado pensando que aún es mejor regalarles uno de esos discos de boleros que tienen letras fabulosas, tan apropiadas.) No la volví a buscar, aun cuando a veces me gusta pasar por su casa y ver la luz de su cuarto. Cuando estoy muy aburrido, desde alguna puerta la siento atravesar el pequeño jardín con aire seguro. Respiro algo de su frescura al pasarme muy cerca. (Aunque no soy muy supersticioso creo que desde que la conocí mis adjetivos han ido perdiendo brillo. Ya mi pasaporte de palabras no encuentra fácil visa.)

AHÍ

Ahí estaba y creo que todavía está. Algo tan fuerte no puede desaparecer de un momento a otro. Tenía vida propia. Claro que se fue envejeciendo, hasta tenía ganas de morirse, igual que las personas que se van doblando poco a poco y empiezan a buscar la tierra. No se envejeció, más bien diría que se cansó. No lo hizo de un día para otro. Se fue cansando poco a poco. Los que se cansan de verdad, profundamente, necesitan irse lejos, acabarse.

Ella se acabó por su propia voluntad, antes de que vinieran a derribarla. Cuando llegaron los hombres con los camiones ya era un cadáver. Sus paredes estaban completamente enmohecidas y olían a podrido.

Tuvo muchos colores. La conocí de un amarillo tan brillante que sentía su propia vergüenza de un color llamativo y grotesco. Fue en aquella época cuando era un punto de dirección. La gente decía: de la casa anaranjada trescientos metros al norte.

A ella le gustaba ser un punto de referencia pero le lastimaba aquel color. Lo sé porque lo fue agrietando lentamente. Después de un verano muy seco se reventaron los pedazos amarillos. Quedaron los grises antiguos y hasta éstos se ca-

yeron para mostrar los pedazos de madera, que parecían pedazos de carne sangrante.

¡Cuánto supo de mi vida! Porque le hablaba como a una hermana. Me gustaba perderme en sus estrechos corredores, sentarme en un rincón, el más oscuro. La acariciaba y empezaba mis confidencias. Un día le conté que era simplemente un mentiroso y un ladrón sin suerte. Y lo era, ya ella lo sabía. Un ladrón de caramelos a quien siempre pillaban en el momento de abrir el armario de la cocina. Un mentiroso que alegaba hasta el infinito que no había estado allí y que no tenía nada que ver con el asunto.

Ya no recuerdo los detalles pero sé que desde siempre hubo muchas mentiras en mi vida. Todavía hay muchas aunque estoy tan muerto como ella.

Recuerdo cuando papá la pintó de blanco. Mamá protestó y dijo que la casa ya era muy vieja para un color tan fresco, que iba a parecer una cocina o un cuarto de baño. ¡Y quedó tan bonita! De largo parecía una enfermera buena, de ésas que corren por las calles a cumplir su misión y que huelen a yodo y a vendas muy limpias. Fue también la época más feliz. Todos los días entraba el sol y se quedaba iluminando las caras y los interiores. En las comidas se servía un postre cuidadosamente decorado. Ceremoniosamente se empezaba el día y se cerraba la noche. En los rincones había besos fugaces y una sonrisa fresca iluminaba el pequeño jardín que cuidaba un viejecito encantador cada quince días. Lo esperaba con verdadera ilusión. Sabía historias sin nombre y sin personajes, historias que eran como mentiras risueñas que nunca nadie descubría.

Ahí estaba serena, aunque cuando llovía mucho las goteras sonaban como un martirio lento,

igual a las voces de aquellas tías rezadoras que no dejaban de aporrear las letanías. Pero eso pasó mucho después. Primero se fue mi padre. Me quedé llorando en un rincón de su cuarto. Una nube de gente negra me consolaba. ¡Pobrecito. Pobrecito! ¡Cuánto me costó quitarme el eco de esa palabra! Hasta llegué a decirme a mí mismo pobrecito muchas veces. Me hablaba despacio y me repetía: ¿Qué va a hacer el pobrecito hoy?

Mamá se fue también. Le pusieron una camisa blanca y la encerraron en un cajón con hielo, que goteaba sobre una palangana que se fue llenando de agua, mientras alguien hacía una colecta. Ya no me dijeron pobrecito. Me repetían que la vida era dura y no había más remedio que aguantarla. Cuando se fueron todos me quedé con ella. Estaba tan triste. Sabía que no volverían los besos, las risas, las lágrimas, porque no podía llorar, crujía como ella. Crujidos repentinos como sacudidas nerviosas.

Llegaron las tías con un equipaje de ropa negra. El rosario, ese martirizante rosario de voces agudas y desafinadas, no faltaba después de una comida amarga. ¡Qué solos estábamos! Ya no podía buscar los rincones, las tías andaban por ellos, con sus llaves sonoras y sus mandatos constantes. Hay que estudiar. Recogé las hojas del patio. Andá haceme un mandado.

Llegué a creer que la soledad era un pecado porque nunca podía empezar a estar solo.

Se fue llenando de humedad como yo. Siempre teníamos frío. La pintura blanca se ennegreció con los hongos. Un mundo de animales húmedos hizo nido en las paredes. Entonces las goteras llegaron. Goteras sobre las camas, sobre

los armarios, sobre los recuerdos. También me caían sobre el alma. Este niño está enfermo, este niño necesita vitaminas.

Pildoras de bacalao y más sol. El sol me hacía daño, corría las cortinas cada vez más andrajosas. A las tías les gustaba lo oscuro para escudriñarme en los rincones y no dejarme con mi soledad.

Con las goteras llegó el hombre de los papeles. Para entonces ella estaba tan cansada que ya no rugía, se estaba yendo en pedazos. Primero dejó caer los horcones del patio. Las tías trataron de levantarlos pero no pudieron. Estaban débiles y encorvadas. Tampoco había más bacalao. Dijeron que yo era pálido de naturaleza y delgado por constitución familiar, que tosía para ponerlas nerviosas. Cada vez rezaban más.

Me gustaba aquel rincón de los horcones caídos. Ella me había dado un hijo, un hijo de muerte, donde ponía mis pequeñas cositas: un cuadro del fondo del mar, profundo, muy profundo, porque allí estaba la muerte. Supe que un día encontraría en él los ojos de mis padres, abiertos y fijos sin calor, sin imágenes, terriblemente vacíos. Un encendedor muy extraño con una cadena de brillos ausentes. Una pequeña cajita con algodones amarillos, en que guardaba una cuchara que me regaló un padrino que nunca conocí cuando me bautizaron. Con mis tesoros a cuestas me quedaba hasta que empezaban las tías a buscarme para el rosario de voces sin dientes, que recogían dolores de garganta y salían desafinadas, heridoras.

Cada vez que rezaban empezaba mi tos, las tías me miraban y se quedaban mirándome.

Llegó de nuevo el hombre de los papeles. Y llegó otra vez. Mis tías se encogían de hombros. Un día fueron muchos los que tocaron las puer-

tas y entraron con más papeles en las manos. Se llevaron los muebles y los cuadros. Dejaron únicamente las camas. No entendía ese movimiento. ¿Para qué preguntar si la respuesta era rezá con fe, rezá con mucha fe?

Algunas veces sorprendí a las tías llorando y quise acomodarme en sus regazos para decirles que no se debía llorar, que era mejor crujir como ella. Me rechazaban con un gesto duro. Hay que estudiar, o traeme un vaso de agua.

Ahí pasó todo eso. Y ella lo aguantó con serenidad. Pero decidió acabar por sí misma. Empezó a abrirse de una extraña manera. Hendijas primero pequeñas que crecían más con sólo que se apoyara uno un poquito. Levantó los pisos y falseó las tablas. Era muy astuta. Las tías andaban con los martillos y pedazos de cartón. No podían vencerla. Por aquí, por allá, más para acá, por todos lados se hería.

Otra vez los hombres de los papeles, tenían las caras duras y los gestos contraídos. Eran lacónicos y miraban con desprecio el jardín deshecho y las paredes llenas de vida verde. La tía que llevaba la batuta en las letanías del rosario, me habló con voz lastimera. Nos tenemos que ir, nos tenemos que ir, andá preparando tus cosas. No tenía nada que preparar, sólo mis pequeños tesoros. Cuando los recogí me decidí a seguirla y acabarme también. Francamente estaba cansado.

Ahí sucedió lo que cuento y ahí está todavía. Creen que las voces no se quedan entre las paredes porque sus dueños se van y las maderas se derriban. Eso es falso. Estoy viejo de estar muerto ahí, con ella.

Sale temprano de su cuarto con su pequeño maletín. Deja la llave en el cuadro de siempre y camina contra el viento fresco. Ahora pasa desapercibida, dentro de un rato esta misma gente con la que tropieza la verá como a un punto de atracción.

— Señoras, damas distinguidísimas, caballeros, jóvenes, promesas del mañana, niños, ¡alegría de la vida!

Tiene que cuidar su voz. A veces no la puede modular como quisiera.

La calle es estrecha y atrás va dejando rótulos sin luces. Tienda La Fama, Funeraria El Dulce Adiós, Carnicería La Grande, Zapatería El Reposo, Pulpería La Ocasión, Ferretería El Engranaje, Cafetería El Encuentro. Cruza en la esquina próxima frente a un parque seco y polvoriento. En la torre de la iglesia un reloj marca desde hace varios años las cuatro. Una vieja meticulosa alega que son las de la tarde porque ella precisamente vio el momento en que se paraba el reloj. Cuando se acerca ve que todavía no han acabado de montar los improvisados galerones. Rafael grita a los muchachos. Lo de siempre. Sólo aquella congoja de los últimos momentos los hace vivir tranquilos.

¡Viste que casi no salen las cosas! No me puedo confiar en nadie. Si me descuido un poco perdemos las entradas del sábado.

Más allá ve que su carpa ya está parada. Tranquilamente puede entrar a maquillarse.

— Por dicha llegás a la hora. Revisá que todo esté en orden. Estos brutos pueden haber colocado mal los esqueletos. En el último pueblo se cayeron.

Nunca contesta. Se sabe de memoria lo que tiene que hacer y cumple con sus obligaciones.

— ¡Vengan, vengan todos! ¡Jóvenes, niños, se-ñoras! ¡Que nadie deje de ver esta maravilla de horror! El pasaje más espeluznante de su vida. La mano sangrante que baila. La mujer con la lengua más larga del mundo. La serpiente de fuego. Las calaveras que hablan. Miles de sorpresas. Recuerden que el cupo es limitado. Un espectáculo único en la tierra. Pasen todos. Entren a sentir el miedo más pavoroso. Nadie más. El cupo está completo.

Ahora se sienta detrás de la cortina y contempla las caras de los niños que no logran entradas. La noche está fría y no la siente. El esfuerzo de su voz, la tensión de los tonos que imprime a las palabras la llenan de calor interno. A veces cree que se sofoca. Rafael siempre está listo con la cerveza.

— Podías poner un poco más de calor a las palabras. Tardaste más que nunca en vender el cupo. Claro, sé que hay poca gente. No tuvimos mucho tiempo en hacer propaganda. Si la cosa sigue así con costos sacaremos los gastos.

— Señores, niños. ¡He aquí el espectáculo más asombroso del mundo! Si alguien padece del corazón que se abstenga de entrar. No nos responsabilizamos de desmayos. Los monstruos más espantosos, más terriblemente dolientes.

Fenómenos humanos. Lo más raro, lo más horrible. No dejen de ver la mano sangrante que baila.

Se le cansa la voz y ve las estrellas, fijas, sonrientes. El verano es esta gira de pueblos pequeños con olor a naranjas y a café. El invierno es el encierro y la espera.

— ¡Pasen todos! Señora, usted también. Dentro de un rato su corazón estará hecho un puño. La fealdad, lo raro, lo fenomenal. Esto ha sido traído especialmente para ustedes del extranjero. ¡Pasen todos! Ya nadie más. El cupo está lleno.

Vuelve a ver las estrellas y le parece que giran a su alrededor. Quizás algún día con su voz las alcance.

¡Los monstruos más perfectos del mundo! Lo que el ojo nunca creyó ver. El cupo es limitado. ¡Nadie más!

Ahora hay estrellas sobre la montaña. Iguales a las del cielo. Puntos azules.

— Señores, señoras, jóvenes, niños. ¡Vengan! La maravilla de la fealdad y de lo monstruoso al alcance de todos. El cupo es limitado. ¡Nadie más!

Ella gira como las estrellas cuando se miran fijamente. Su traje también tiene puntos azules.

— Señores, señoras, niños, jóvenes.

— No grités más, ya no hay nadie.

Recoge sus cosas, se cambia de ropa, no le gusta que la señalen en la calle. Pasa por los montones de papeles pateándolos suavemente. Todavía están las estrellas y la acompañarán hasta su cuarto, luego abrirá la ventana y entrarán por ella.

— ¡Hey! ¿No querés la última cerveza?

Siempre Rafael y su última cerveza. Por su culpa no puede caminar sola hasta el cuarto. Có-

mo quisiera decirle que el cupo es limitado y que no cabe nadie más.

La última cerveza siembra luces en el suelo. Luces que giran y giran.

— Ya esto no puede seguir así. No puede seguir así.

Casi amaneciendo retira las llaves del cuarto. Está despeinada y se siente mal. Ya no hay estrellas en el cielo. La ventana es el marco de colores amarrotados que poco a poco también se van esparciendo.

— Se acabó el verano. No puedo seguir más. Ya esto no da ni para los gastos. No te puedo pagar siquiera. Sé que no te importa, pero no tengo ni para tu hotel. Vas a tener que salir temprano y procurá que nadie te vea. Si no parás en la cárcel o te quitan las valijas.

Acomoda la ropa en desorden. Tiene miedo. El mismo miedo de los chiquillos que no tienen dinero para las entradas. Siente pasos por los corredores y se le paraliza el corazón.

— No sé por qué te gusta tanto pararte frente al público y gritar idioteces.

La pura verdad es que nunca había hecho daño a nadie. Y no gritaba. Un día que pasó por una calle escuchó a un hombre que anunciaba unas navajillas nuevas. Se quedó extasiada oyéndolo por horas, hasta que el mismo tipo le dijo que circulara. Las palabras parecían redondas cuando se pronunciaban en voz alta, eran verdaderas pelotas que rebotaban y se sentían palpar.

— Podés hacer muchas cosas. Emplearte como lo acostumbrás en el invierno. En las casas tratan bien, ¿verdad?

Demasiado bien pero estaba encerrada. Cuando se quedaba sola empezaba a gritar en los salones.

— Señores, damas distinguidísimas, caballeros, jóvenes, promesas del futuro, niños, ¡alegría

de la vida, pasen todos! Este es el espectáculo más espantosamente monstruoso de la vida. Pasen ya. La mano sangrante. La serpiente de fuego. Las calaveras que hablan. Un cuadro de horror especialmente importado para ustedes. ¡Pasen! Recuerden que el cupo es limitado. ¡Nadie más!

Ahora lo importante es salir. Rafael mentía mucho, pero en la noche tenía la cara pegada a los huesos y sus palabras no eran sólo la espuma de la cerveza.

— Me vas a hacer mucha falta. Me gustaba tomar la última cerveza con vos y también dormirme un rato entre tus caderas. Creo que te quiero.

Pero Rafael sin las calaveras, sin la carpa no era nada, no tenía sentido ni significado. Hay algo más que guardar. Claro, no se ha cambiado de vestido.

— Si querés seguimos juntos. Pienso poner un juego de dados. Vos podrías llamar a la gente.

Un juego de dados no necesita voces. Ella los había visto funcionar en otra parte. Rafael le estaba haciendo dulce el trago. Todo está listo y siente miedo de abrir la puerta.

— La cogí con las manos en la masa. ¡Con que estafitas a mí! Desgraciada, le vi la sinvergüenzada desde que me pidió un cuarto con ventana. ¡Como si yo no conociera a los de su calaña! Y es que huelen, huelen a robo, a putería, a mala sangre.

Tiembla recostada en la puerta. Pide una hora para pagar lo que adeuda. Oye más insultos. Las palabras vienen con pocos de saliva y la golpean. Cuando la voz se calla un poco, empieza a

correr. Corre dejando atrás los rótulos, corre sin notar si va por las piedras o por el agua, corre sin pensar en que atropella o tropieza, corre sin saber si va desnuda o lleva todavía el vestido de estrellas. Cuando llega lejos ya no es nadie. Tiene los pies sangrando.

— Señoras, jóvenes, niños, vengan todos. El espectáculo más trágico, más horrible está ante ustedes. ¡Pasen! ¡El cupo es limitado! Los pies destrozados. Los pies con llagas que todavía corren. No dejen de ver lo más horrible del mundo. ¡Pasen todos! ¡El cupo es limitado! Los pies sangrantes que todavía caminan. Traídos del exterior especialmente para ustedes. El cupo está limitado. ¡Nadie más!

UN MOMENTICO

Es tan fácil todo. No hay nada más que proponérselo. Enamorarse es como meter la cabeza en un balde de agua tibia. La vida está llena de gradas que se suben ágilmente. Sólo hay que agarrarse muy duro a las barandas. Cuando viene la bajada es cosa de ir despacito sin echar muchas miradas atrás. Unicamente se necesita un momentico para hacer las cosas. Si se tiene suerte ese momentico se puede hacer largo. Si no es mejor olvidarlo.

Mi vida es un conjunto de piezas. Hoy les voy a hablar de ellas. Soy un parlanchín por naturaleza. A eso se debe que mi principal sustancia sean las palabras. Las palabras que hacen los momentos, que nos miman en las tardes frías, que nos explotan en reflejos de luz, que nos lloran por dentro cuando estamos solos. Aun cuando la soledad es una invención del hombre. Nadie está solo nunca. El mundo está demasiado poblado.

Cuando tengo un momentico busco a mi pieza principal.

— ¿Cómo está? Parece que se ha empeñado en ponerme triste con las cosas que me han pasado pero no lo logrará. Soy un optimista. Un verdadero enfermo de optimismo. Que me da pa-

lo, que me niega las cosas, que se esfuerza en desorientarme, pues nada. Aquí estoy dispuesto otra vez a iniciarlo todo. ¡Ja!, ¡ja!, soy un estúpido terco pero soy algo.

Tengo que confesar con sinceridad que nunca la vida me ha dado nada. Una vez tuve una casa y la perdí. Tenía un perro y se me murió. Escribí un libro y no me lo aceptaron ni como regalo. Hice un viaje de placer y tuve un accidente en que perdí una pierna. Conseguí una mujer y me dejó. Esto último no me preocupó, es fácil enamorarse. Se mete la cabeza en un balde de agua tibia, sin importarle a uno que haya alguien para secársela después. Tampoco me importó la casa, en cualquier agujero se vive mejor que en el propio hogar. Me compré otro perro, me puse a escribir un nuevo libro y camino muy bien con la prótesis.

Siempre tengo un momentico en la mañana.

— ¡Hola! Usted es mejor que Dios. El nunca me hace caso, en cambio usted es tan cumplida. Llega puntualmente a mi ventana y me hace sentir toda la alegría de vivir. Hoy será un buen día. Lo sé. Por algo está usted tan azul y con esas **nu-**bes preciosas que caminan despacio. Además se quedará tamaño rato. Lástima que no sea para siempre. Cuando salga me ayudará por esos caminos, me alentará porque la tengo encima de mí, llenándome de alegría. Hasta luego, tengo que vestirme. Gracias por todo.

Debo hacer montones de cosas porque soy un hombre ocupado. Tengo un poco de momenticos vendidos pero hay otros que jamás negociaría. Son mis momenticos de detenerme frente a mis manos y vérmelas vacías. Estas manos mila-

grosas que pueden hacer tanto y se empeñan en ser tan torpes. Luego camino y me complazco en sentirme humano. Humano tropezando, humano saludando a otro humano, humano con hambre, humano con un cigarro y con el poder de lanzarme en un momento y dejar de ser humano. Mi conciencia de humanidad me fascina, me embriaga, me da sentido de alargamiento. Ese sentido de alargamiento es lo mejor que tengo. Me alargo sobre las caras, sobre los carros, sobre las casas cerradas, sobre las iglesias cada vez más vacías. Crezco tanto como un gigante absorbiendo aire, mucho aire. Después tengo un mmentico para encontrarme con mi otra pieza.

— ¿Qué sueños tendré hoy? Quiero que sean desafiantes. Pero se me olvidó saludarla, señora. Perdone. ¿Qué tal? La gente dice que usted agudiza las cosas. Creo que les da un nuevo perfil que viene a limitarnos y a recordarnos que Dios existe. Cuando se inicia el día nadie siente el miedo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, esas tres personas que conviven tan bien y ni siquiera necesitan conferencias o reuniones para ponerse de acuerdo. ¡No me diga que son una sola persona! Jamás podrían serlo, son demasiado diferentes. El Padre es el de las decisiones, el Hijo el de los caprichos, el Espíritu Santo el de los consejos. Según mi estado de humor les hablo a cada uno de ellos. Cuando necesito consejo busco la luz, cuando requiero valentía me dirijo a la voz imperativa, cuando me voy en los caminos del corazón le hablo al rebelde. Cuando estoy muy solo, como hoy en la mañana, le hablo a un solo cuerpo con tres cabezas.

Con esas piezas principales me voy jugando la vida. Me encanta hacerlo. ¿Esta esquina o la otra? ¿Le hablo o no le hablo? ¿Llamo o no lla-

mo? ¿Me pongo feliz o más feliz? ¿Insisto hoy o insisto mañana? Todo depende de los momenticos que tenga.

Un día me pasó algo terrible. No fue el del accidente, ése lo olvidé porque me dio la gana, me lo habían mandado para que lo recordara siempre y no quise.

— Buenos días. Siento comunicarle que ...

El resto lo olvidé. Tengo una voluntad de olvido formidable. Pero resultó que me dejaron con todos los momenticos libres y entonces me desorienté mucho. Se me vino la racha de perder las cosas. Quedé casi vacío, más dispuesto que nunca a no dejarme vencer. ¡Ja!, ¡ja! Soy un terco.

— ¿Cuánto da?

— Lo que le dije ayer.

— Tan poquito.

Hasta tuve que sacrificar al perro, lo dejé muy lejos, cerca de una casa grande, una de ésas en que acostumbra bañarlos cada semana. Me miró tristemente. Comprendí que estaba abandonando a una de mis piezas fundamentales. No había remedio. También perdí mi pierna y ni siquiera tuve tiempo de decirle adiós. Me la quitaron y de seguro que por algún camino todavía anda buscándome. Porque era mía. Nada más que mía. Ladró fuerte. Creyó que estaba jugando. Cuando caminé más y más seguí oyendo sus lloriqueos. Es tan fácil todo. No hay nada más que proponérselo. Me fui olvidando de mi perro, de mi pobre perrito.

— ¿Cuánto da?

— Lo mismo de siempre.

— Bueno, entonces me lo voy a dejar un ratito

Están presentes con silencios entrecortados por palabras insinuantes, luego se callan. Toda mi familia habla de ese modo. Por eso no la quiero ni la querré nunca. Cuando a puro esfuerzo de preguntas logro medio construir la historia, me parece que es una historia estreñida.

Mi casa tiene un salón pequeño. Más allá una enredadera de flores amarillas. Mamá se sienta en las tardes con mi tía y la vecina de enfrente. No hablan, aunque tampoco están calladas.

— Vieron.

— Vimos.

— Nunca lo creí.

— Yo tampoco.

— A mí me sorprendió.

Para entender ese diálogo se debe saber que el saloncito tiene una ventana a la calle. Siempre está abierta, con una cortina transparente en que se fijan sus ojos.

— Ahora va.

— A lo de siempre.

— El hijo se fue.

— Otro imposible.

Tengo muchos papeles pero los escondo. No podría soportar que dialogaran sobre mí en esa forma.

— Cartas y enredos.

— Necesita religión.

— Mucha religión.

— O mujer.

— Perdió el escapulario.

— La botica.

— Ella espera tras el mostrador.

Siento escalofrío cuando pienso en sus palabras. Las encuentro sentadas en el orden de siempre. Frente a la ventana. Les cuento extrañas historias. Les hablo de mis proyectos. Dejo caer algunos chistes.

— Tuve un día terrible, la calle está llena de gente loca comprando cosas sin sentido. Llovió y me mojé. ¡Vean cómo me quedo el pantalón! Parece que alguien me lo plisó. En el trabajo me van a aumentar el sueldo. En la universidad me dijeron que los exámenes empezaban el martes. ¿Qué han estado haciendo ustedes?

— Nada

— Lo de siempre.

— Pensando en María.

— Por qué en María? Ella está bien con su nuevo esposo. Seda el lujode estrenar un esposo cada dos meses. No escualquier mujer la que puede hacer eso.

— María es como Adela.

— Adela era muy suave.

— Me hace falta.

— Quiénes Adela? Nuncalahan mencionado antes. Cuéntemela historia.

— Una ausente.

— Casi una flor.

— Le encantaban los sábados.

Así seguía la conversación hasta que dos horas después lograba saber que Adela era una perrita chiguagua de la vecina, que se había muerto cuando yo era apenas un niño.

Un día la llevé. Estaba nerviosa. Se arregló el pelo con mucho cuidado. El viento la traicionó. Tuve que prestarle un peine cuando ya casi estábamos frente a la ventana.

— Bueno, aquí está ella. ¿Verdad que es muy bonita? Y buena. En su casa me quieren mucho. Suma a que me hacen las tortas de azúcar que tanto me gustan.

— ¡Ay, la Amapola!

— Ya eso pasó.

— Todo debe olvidarse.

— ¿Cuál amapola?

— Una cualquiera.

— ¿Y qué pasó?

— Lo que tenía que pasar.

Se me fue de las manos. Mejor dicho, me fui yo de las de ella. En el centro de aquel diálogo absurdo ella también se estriñó.

— Tenemos el plan de estudiar juntos los ju^éves, así nos ayudamos un poco.

— El sombrero y la muerte.

— ¿Cuál sombrero?

— Tuve la misma sensación.

— Cayó lentamente.

— ¿Qué cayó?

— La luna influye en eso.

— ¿De qué están hablando?

Quedé por fuera. Completamente afuera. Pensé que era una forma de agradecerlas y cautivarlas. Mamá, la tía y la vecina estaban encantadas. Pero no era así.

Ella padecía del mismo estreñimiento de palabras. Un día en su casa me pasó lo mismo. No podía seguir, era como comprar una nueva maceta para el salón frente a la calle. Además ese proyecto no se podía realizar. Allí no había nadie

más, ni siquiera había otra silla.

— Mamáyonoaguantomásesto. Necesito con-
versaralgunavezconalguienquehablemimismoi-
dioma.

— Gotas, siempre hay gotas por todas partes.

— ¿Cuálesgotas?

— Estoy esperando una señal.

— Necesitoaclarartantascosas,peroparaeso-
quieroquealguienhablemimismoidioma. Soy ya-
sustanciadepreguntas. Todoeldíapreguntoyna-
diemecontesta. Estoy cansado.

— Una araña.

— ¿Cuálaraña?

— Arriba.

— Arribasóloestánlasfranjasdesiempre.

— Tu cabeza.

— Enmicabezahaydolordepreguntas.

Me canso. Me cansé. Un día me fui. Pasan
varios días. Vuelvo. Las saludo desde la ventana.

— La puerta está abierta.

— Está cansado.

— Debe encontrar por dónde.

No se mueven. No se movieron. Les digo adiós
y sé que están contestando en su raro idio-ma.

— El dedo gordo nunca entra.

— Hay que forzarlo un poquito.

— En la tinaja quedó enterrado un olor.

A lo mejor saben que nunca las quise y que
tampoco hoy las quiero. Pero, a que no adivinan
que fue lo peor. Lo peor es que me cansé de la
gente que contaba detalles, hablaba en un idio-
ma coherente y decía hasta lo obvio. Empecé a
añorar la sencillez del cuartito frente a la calle.
Regresé. Regreso. Estaban frente a la ventana.
Están sentadas en calma.

— El azúcar no se derrama.
— La sal se va en el viento.
— Alguien dijo el sermón.
¿Por dónde entrar? Nunca encontré la puer-
ta.

DÍAS DE LLUVIA

El día tiene presagios de tormenta. Suena a lo lejos la lluvia que trae ya un largo camino. Avanza con relámpagos, con gotas inmensas, con ruido de ríos en las alcantarillas, con cataratas en los bajantes de las canoas. Aún no llega. La casa se pone extrañamente oscura con estos presagios de lluvia y humedad. La impaciencia de la espera oscurece poco a poco las calles internas y breves de esta casa con adornos de mármol y de costosas porcelanas. La lluvia cae para todos. Se distribuye por igual y llueve para los más y para los menos.

En una mesa de caoba tallada reposa mudo el teléfono.

Ojalá que no me llame. Hoy no podría soportarlo. Estoy cansada de su voz quejumbrosa. Dejaré que suene y suene. ¿Para qué continuar con esa charla sin sentido? ¿Qué puedo hacer yo?

Las plantas internas del comedor se doblan tristemente. Desean la humedad que se presiente. Desean recobrar el verde que han perdido detrás de las cortinas. La lluvia empieza a llegar. Goterones sonoros que absorbe la tierra rápidamente. Un gato cruza el salón y se recuesta contra una ventana. Viene a ver llover lamiéndose

las patas.

Quizás no llame. Los teléfonos se ponen imposibles cuando llueve. Ayer fue un día terrible. Su monólogo me llenó de extraños sonidos y sentimientos. No hay derecho a que una desconocida me ponga en este estado de nervios. Dios quiera que no llame.

La lluvia ya corre por las ventanas, por los techos. Es un telón de gotas chorreándose por todas partes. Es una música que se repite y no se oye. Contra ella se aumentan las voces. Es una ópera que cantan todas las casas. Es un soliloquio que perfora los hormigueros.

El teléfono sigue mudo. Ella se pasea por el salón. No hay llamada. El único silencio es el de la lluvia que se arrastra en manadas por el techo. La agilidad del agua se siente en el ambiente. El aire está más puro. Ella piensa en el cielo azul de ayer cuando de repente sonó el timbre.

Usted. La tenía que llamar hoy. Ya no puedo más. Ya no aguanto más. Esta soledad se hace imposible. Necesito hablarle. No cuelgue. Nos encontramos al azar en estas comunicaciones telefónicas. Ahora estoy ligada a su oído. Es lo único que me queda. ¡Que me oiga! No diga nada. Sé que está cansada de mí. ¡Usted tiene la culpa! Debí haber cortado la primera vez. No lo hizo. Trató de consolarme. Nada se puede hacer conmigo. Soy una histérica por teléfono. Busco a Dios y usted es alguien como yo que tiene que dirigir un almuerzo y revisar las tareas escolares. La diferencia es grande. Pero usted existe. Es un número telefónico. Dios ni siquiera tiene teléfono.

El primer día no fue diferente. La calle estaba

llena de bulla, alguien había atropellado a un perro. Su dolor se extendió sobre el pavimento y duró hasta que dejó de doler. Veía la escena desde la ventana cuando sonó el ring ring.

¡Qué importa que no sepa quien habla! ^{alguien} Habla, hablo yo. No tengo nombre. Soy una persona nada más. Una persona cualquiera. Padezco de soledad. ¿Ha padecido usted de eso alguna vez? La soledad es como si el tiempo se detuviera para hacer crecer la lejanía de las personas y de las cosas. Se van tan lejos que ya ni la voz llega. Está uno desde una profundidad tan grande que las distancias son sólo invencibles precipicios.

La casa se hizo una espera de llamadas. Venían cuando menos se pensaba en ellas. A veces cuando estaba el baño listo con las aguas perfumadas y el cuerpo se preparaba a un reposo en las ondas frescas. Por la ventana de arriba se podía ver un pedazo de cielo.

No me pregunte nada. Hoy casi no puedo hablar. Perdone mis murmullos. Claro que he hecho todo lo que me aconseja. No dio resultado. Soy como esas matas que no pegan cuyas las raíces necesitan extraños alimentos. No aguanto sólo el pan y el agua. Estoy enferma de raras tristezas. Nací marchita.

De regreso de un corto paseo por la ciudad, por esas calles de espera lenta a que pasen otros, de ese ir detrás siempre lentamente detrás, encontró el timbre más nervioso que nunca.

Ya sé quién es usted. Rubia y alta. Tiene una mirada triste. Por eso me ha oído. No sabe todavía qué es la tristeza y la teme. Por eso me ha oído. Tiene usted una sonrisa melancólica. Por eso me soporta. Ayer la vi cruzar en su carro una de las tantas calles y adiviné que usted era usted. No podía ser otra. Hay un aire de señal en

su figura. Lo sabe, lo tiene que saber.

Estaba muy cansada. ¡Cuesta tanto retener con las manos las cosas que se tienen que ir! No quería oírla. Afuera había un verde prometedor de consuelos. Era tan fácil encontrar la montaña y el río. No, hoy no debía llamar. El tiempo tiene triquiñuelas de engaño. De una manera tan liviana se olvidan las cosas.

Hoy no debía llamarla. La alegría está afuera. ¡Corte el teléfono y salga al campo! Encontrará el sol tras los árboles y ese perfume de los limones en el césped y en las cercas. Yo casi he salido pero esta sensación de no ser humana me tiene detenida. Creo que falta poco, pero no sé para qué falta poco. Algo nuevo llegará de un momento a otro. No. No pregunte nada. De tanto que nos interrogamos acabamos por ser una colección de preguntas vacías. Tampoco presiento si será bueno o malo. Hace años que no clasifico las cosas. Son nada más. Sin etiquetas.

Cortaba siempre de pronto. Cuando terminaba la conversación, había necesidad de ver el cielo. ¿De dónde viene esa voz? ¿Cómo era? Quizás estaba en una cama. Había algo horizontal en sus palabras. Nunca se sentía la verticalidad. Había también un remolino como cuando se está cerca de un sueño.

Nadie tiene la culpa. La culpa está en ser como se es. En la voluntad sin fuerza para ser lo que se es. Hace años estoy y soy marchita. Si recordara mi primer día en este mundo podría saber que fue tan marchito como este mismo momento en que le hablo. Hoy la llamo por pura costumbre, por no dejar de decirle a alguien que estoy viva, que aún estoy viva. Marchita pero con

vida. ¡Qué extraña contradicción!

La comida cayó lentamente en el salón. ¡Qué de palabras tiene el silencio! La lámpara necesita arreglo. Han caído demasiadas abuelas y ensucian el centro blanco. También hay que limpiar los estantes. Sacar todos los libros, sacudirlos y remover sus páginas. ¡Qué envejecidas se ponen las cosas cuando no se usan! Esas eran sus palabras. Me hace daño esa voz y esas conversaciones interminables por teléfono.

¿Por qué usted? ¡Qué se yo! Nada especial nos relaciona. No se asuste. Un día dejará de sonar el timbre. Todo se acaba en este mundo. Pero no se preocupe por mí, no ve que yo misma no me preocupo. Me he aceptado desde siempre. Ni siquiera sufro. Tuve un día feliz. Si pienso en eso, llego a la conclusión de que la vida me ha dado mucho, más de lo que acostumbra a dar. Fue un día que no quiero recordar. Estaba él, con sus palabras nuevas, con sus sensaciones frescas, con su ternura despierta. Eso pasó muy rápido. Se quedó él, se quedó más del tiempo necesario. Entonces vio que estaba marchita. Me encontró frente a la luz de la mañana. No debía hacer memoria. Cuando las cosas marchitas hacen recuerdos se ponen totalmente ridículas.

Un sábado lleno de planes. Carreteras con casas desperdigadas. Una parada insólita para ver un crepúsculo. Las bocinas atropellando velocidades. Un punto que se persigue y un punto que se pierde. Los árboles se acercan y se alejan en parchones que se olvidan. Los colores son una presencia de clamores. De nuevo su voz.

Le extraña oírme reír. Pues hoy tengo risa. Si tuviera humor le contaría un chiste. Claro, sería

un chiste cruel, terriblemente cruel. Algo así como el del ciego que tropezó con un primario. Sabe, yo acabo de tropezar con un primario. Estoy electrizada. Me gusta estar electrizada. Deja la sensación de estar vivo sin sentido, de existir para ahogarse todos los días un poco. Una hermosa sensación, muy humana y muy lógica. Estoy cansada. No hay nada que canse más que la alegría. Y hoy estoy alegre. Alegre amargamente. No alegre con torpeza de vacíos.

En las madrugadas su voz era peor. Sonaba muy duro, tanto que había que alejar la bocina y recostar la mano.

Voy a despertarme. ¿Sabe usted cómo se despiertan las cosas marchitas? Se dejan simplemente caer y buscan el contacto con algo que las dañe profundamente, muy adentro. Tengo que salir de esta modorra. ¡Ayúdeme a despertarme! Dígame que soy una peste, ya no me aguanta, por favor me calle para siempre. Usted es demasiado buena. Como no sabe sufrir, como no quiere sufrir, encuentra en mí el ejemplo que teme. Soy como una repugnante novela para usted, en que se va enredando sin sentido, en que deja caer lo morboso de su conciencia. Diga algo, ¡dígallo fuerte!

Había días en que la voz tenía ternura. Era cuando el viento corría limpiando las calles. El cielo se ponía verdoso y los horizontes parecían simples manchas negras.

Hoy estoy dulcemente triste. He pensado que me gusta estar quieta, sensiblemente quieta. Abrí un libro sobre la vida. Quizás aprenda las definiciones necesarias para dejarme ir con el viento. ¿Lo ha oído usted? Está corriendo sin

cansarse. El viento es mi amigo. Espanta las hienas que esperan alrededor de mi casa.

En las tardes de lluvia su voz era como un lamento. Se quejaba dolorosamente y se hacía extrañas preguntas.

La lluvia llega con fuerza. Ya corre. Ya tiene manantiales con remolinos en las alcantarillas. La lluvia es como una lavandera que chapotea para sumergir las manos blancas y adormecer los dedos con frío. El gato se cansa de ver correr las gotas en las ventanas. Tiene sueño y regresa a donde su ama. Ella se ha ido y el teléfono sigue mudo en la mesa de caoba tallada.

¿Sabe usted que la vida es un monólogo interminable? Cuando alguien dice me voy otro exclama luego, cuando uno ama el otro amó, cuando se marchita alguien otra persona florece. Cuando se calla para siempre, siempre se pretende explicar el silencio. Qué absurdo es explicar nuestro propio silencio.

Llueve con más fuerza, inundadas están las calles, se desbordan los ríos, el cielo se oscurece y aparece un presagio de diluvio. Su teléfono guarda silencio, no timbra y no entra gritando urgencias en su casa. La voz se calla, tal vez se marchitó como aquella mujer tan disconforme y rebelde cuyos rasgos encontraba en su propia cara cuando se observaba cuidadosamente ante el espejo.

EMPECÉ EN EL FUTURO

Yo vengo, yo vine, yo vendré. No, eso está equivocado. Primero es yo vendré. Primero es la intención, el futuro. Yo empecé en el futuro.

Una larga historia con libros y pizarras. No he conocido un día de descanso. ¿Conoceré un día de descanso? Ya empiezo bien. Conozco un día de descanso. Es éste.

Caminaré. Me gustará este ruido de las calles. Camino. Me gusta este ruido de las calles. Estaré más allá de las casas. Estoy más allá de las casas. ¡Qué fácil se encuentra el verde en esta ciudad! Las casas están unidas todas, muy juntas. Unidas y juntas por el miedo.

Estoy caminando todavía. Ya no puedo decir: estaré caminando todavía. Eso suena a pregunta y estoy frente a una realidad innegable. ¿Innegable? ¿Cómo sé que no estoy soñando? ¿Cómo sé que estoy donde estoy? ¿Cómo sé que alguien no me está pensando? Bueno, todo puede ser. Ahora digamos en tono afirmativo que estoy. Ya no necesito el futuro porque de ahí vengo, del futuro nací. Ahora estoy en el presente llegando al pasado que es el único futuro que existe en la realidad.

Todo este conflicto lo tengo por haberme metido a profesor. Seré profesor. Arranqué de un

tiempo sin sustancia, inimaginable, totalmente inexistente. Soy profesor. Me toco profesor. Así llego a un futuro concreto de que fui profesor. ¡Qué enredo!

Hubiera sido profesor sin serlo si no me encuentro con ese necio de barba cerrada, de bigotes erizos, de anteojos oscuros que escondían una mirada inquieta, moviéndose siempre con el tiempo y con las palabras.

Esta rosa que ve ya no es rosa. Está en el futuro pasado de la rosa. El presente es un agarrarse, tiene lo que le roba al futuro de atrás y al pasado de adelante. Por eso no es exactamente una realidad. Es un agarramiento de realidad en que se cruzan fugaces el mañana y el ayer.

Hace calor. Siempre hace calor cuando lo encuentro.

Estoy sudando.

No, usted no está sudando. Está agonizando. Agonizamos sólo en el presente. ¿Me entiende?

Nunca lo entendía del todo. Alguna palabra quedaba, pero era un círculo enroscado. Empezaba a deshilvanar y el sudor caía goteando en los sobacos. Me sudaba también debajo de las cejas.

Está siempre frente a una mesa y toma café insaciablemente. El café se chorrea por sus manos y quedan gotitas en su bigote. Alimenta su tiempo de café. Un café frío, un café lleno de palabras.

Nadie puede agonizar en el pasado. Decir agonicé es simplemente hacer una expresión hiperbólica. Afirmar que se agonizará es dejarse arrebatar por gestos teatrales.

Hace calor y estoy sudando.

No se puede sudar. El sudor no existe.

El sudor es una realidad de pañuelos que se humedecen y se ajan. Saco el mío de orillas azules. Es un regalo de cumpleaños. Lo traje ella muy doblado entre papeles blancos.

Nunca regalés un pañuelo porque trae pleitos.

Jamás me contradecía aunque yo no era ya yo, era un poco el profesor de los anteojos nerviosos. Repetía sus palabras. Un día le digo que la amaré para poder amarla. Ella contesta que me quiere. Detrás de su pelo hay un aviso luminoso que parpadea constantemente. Tengo ganas de cerrar un ojo y ver sólo su pelo. Detrás de sus manos hay un poco de agua estancada sin peces. Sería ridículo que allí nadaran los peces. Ellos necesitan su soledad y por aquí atropellan los carros y los zapatos. Le digo que ella será para que sea y me contesta que me quiere. Ahora tiene un vestido azul con escasas rayas blancas. Ha cogido una florecilla entre las manos y la contempla lentamente. ¡Qué lástima que ya yo no sea yo y haya empezado en el futuro! No quiero conocer ese futuro que está detrás de mí y que me empuja.

Se queda en una esquina. Se queda para siempre. La recordaré así. Es una esquina que debía tener una palmera y un farol colgando desde su luz. ¡Qué sola se queda en esa esquina! ¡Cuánto siento no ser un simple presente hacia un pasado! Ahora seré para alcanzar el soy y luego llegar al fui.

Cada día está usted más triste. ¿Qué le pasa?

¿Dijo usted triste? Creí que la tristeza no existía.

Lo triste es un color, un simple color. Como realidad no existe. Es un juego de los sentidos. La esencia es una piedra redonda que busca forma y le gusta jugar a la esponja para ponerse a absorber los colores.

¡Qué dicha que no estoy triste!

Sí, ya no estaba triste. La tristeza es un color que abandoné callado en una esquina. Antes de dejarla me preguntó por los planes. ¿Qué se hicieron los planes? No puede haber planes. Del presente no puede germinar el futuro.

Le dije tantas cosas, en círculos que se hacían cuadrados donde no lograban figurar los triángulos. Me pareció que había sembrado la esquina con palabras. Palabras secas, rotundas, afirmaciones absurdas que no florecen.

Está usted cogiendo aire de pensador. Ya necesita unos anteojos.

Los encuentro en una avenida larga que tiene sembrados unos arbustos góticos. Se sonríe con sus ojos tristes que se detienen en mis lentes. Ya soy un hombre con anteojos de vidrios transparentes y esqueleto de metal plateado. Cuando sea más profesor y hable en palabras oscuras y vibrantes tendré cristales verdes para esconder mi mirada nerviosa.

Así está usted mejor. Ahora debe preocuparse por su vocabulario. Busque las palabras verticales y luego las sistemáticas. Combínelas bien. Empiece a hablar despacio y después rápido, más rápido, como si nadie pudiera detenerlo, como si usted fuera el origen mismo de las palabras. Más adelante olvidará lo que son. Entonces llámelas logas.

El modelo se deja modelar. Ya tengo los anteojos oscuros y camino buscando el verde. Desde que empecé en el futuro cada vez estoy más solo. Ya no dudo. Ahora comprendo porque dudaba. Temía que sus ojos cubiertos con cristales verdes encontraran algo dentro de mí.

Algo que siempre he escondido. ¡Cómo le he temido a ese hombre! Por eso sudaba copiosamente. Le temía con todos mis miedos juntos.

Un día casi me descubre. Habló sobre el infinito. El infinito prolongado que veía yo como una línea recta, infinitamente recta. Cuando dejé de hablar le dije que pensaba en un punto enorme, proyectado por todas partes, hasta más allá de cualquier alcance.

¡Usted es un torpe! Un simple torpe que no se desprende de los sentidos. Corte usted con la vida sensual para que pueda entrar a la vida metafísica.

Felizmente la palabra fue torpe. Si me llega a decir tonto, hubiera descubierto por completo mis temores y el origen de ese sudor copioso cuando tenía que agregar algo a sus logos rotundos.

El espacio es la cobija del tiempo. El tiempo es el retablo de los milagros. Pero todos empiezan al revés. Cuando me di cuenta de que había empezado así, me distorsioné por dentro. Ahora estoy naciendo otra vez.

Lo veo con los ojos fijos. Ya no tengo miedo. Ya no sudo. Estoy empezando en el futuro y no es tarde. El tiempo es el retablo de los milagros.

LAS SUMAS

Una hilera de ventanas absolutamente simétricas. Una lluvia desperdigada y mucho frío. Un silencio de corredores por donde se asomaba el viento y se restregaba revoltoso.

Nací lejos de todo. Muy lejos. Un pueblo con calles de piedra y boñiga. Un pueblo de mezquindades. Pero era un pueblo sin puente. La única huida se encontraba en ese bosque tupido donde atisban las serpientes negras, resbalosas, ágiles, con sus colmillos sepultureros.

Descansaban detrás de las ventanas organizadas, puntos de luces que se convertían en casas, en oficinas, en calles rectas. Otras veces, cuando no había deseo de verlas, eran simples hormigas que corrían a atesorar sus hormigueros.

Contó al principio los días. Después las horas. Ahora contaba los minutos y los instantes.

¿Por qué no nací tranquilo? ¿Por qué? Los tranquilos no necesitan contar y se animan a cruzar el bosque. Los tranquilos se organizan y construyen el puente.

La hilera de ventanas proyectaba muecas en el corredor, pero el viento llegaba y las barría. Nunca había muecas en las tardes oscuras ni en las madrugadas febriles de orfandad. Contaba

las ventanas. Trece en total. ¡Ay si se pudiera contar el viento!

Algunos días oía crujir los escalones. Precipitados pasos que corrían por los corredores. A veces llovía y se quedaba oyendo las últimas gotas en caer, las más rebeldes, las que se quedan recordando que llovió. ¡Ay si se pudieran contar esas gotas!

La vaina empezó en un día de calor. El pueblo había amanecido rosado. Mi casa estaba en el centro, la más importante de la hilera desordenada que formaba aquel poblado. Los que eran como yo se fueron muy pronto. Sólo quedaron los tranquilos que tenían pereza de cruzar el bosque.

Las voces de aquel pueblo se metían por las altas ventanas. Nada las borraría nunca. Eran voces con retumbos, que señalaban siempre.

Ahí va el hijo del cura... el que nació detrás de la iglesia.

No es bueno ese muchacho... no es bueno. Algo se pierde en su mirada.

Es hijo del pecado y de la oscuridad. El rebozo perdido de aquella niña tonta.

Se la llevaron pronto del pueblo y le dejaron el paquetito al cura. ¡Qué clase de paquetito!

Su mirada se perdía por las paredes sucias y volvía a buscar las ventanas. Trece en total. Las volvía a contar todos los días. También había contado a la gente de su pueblo. Catorce viejos duros con las piernas varicosas. Quince mujeres solas con su cría de hijos sucios y harapientos.

Este pueblo es un pozo sin fondo donde todo se pudre.

Pensemos en la vida eterna, en el infierno.

¡Qué otro infierno que una hora larga, eterna en este pueblo en que se arrastra una vida de calles empedradas, llenas de boñiga!

Pensemos en el amor de Dios, en el amor que debemos a los semejantes.

Este hijo del diablo ama demasiado a la mujer del prójimo.

Enterremos a nuestros muertos con caridad.

¿A dónde? Aquí nos devoran vivos y luego nos entierran cerca del bosque, arriba del pueblo, para seguir devorándonos y no nos acabemos de morir nunca.

Cuando se despertaba muy temprano creía estar aún en aquel cuarto donde se metía el sol con reflejos rosados.

Levantate pronto y a trabajar, a ver si por lo menos te ganás la comida.

Andate bien largo, me molesta hasta tu mirada.

Me das asco, siempre me has dado asco. Con toda tu leyenda de que sos un momento de debilidad. Eso es mentira. Oílo bien, una horrible infamia. Te tengo aquí para sufrir una cruz que me ha mandado el Señor, pero ganas no me faltan de que te largués lo más pronto posible.

No te acerqués cuando estoy comiendo. Me revolvés el estómago.

No quería recordar. Volvía a contar ventanas. Trece pozos de luz, cada uno con catorce barrotes. ¡Qué rara combinación de trece y catorce! Ni siquiera los constructores habrían pensado en eso. Veía los corredores y cada vez se le hacían más largos.

Adelita es un manjar prohibido para patanes como vos. Olvidate de ella o te voy a volver la ca-

ra al revés.

Le das asco, igual que a mí. Me lo confesó ayer antes del rosario. Tené vergüenza alguna vez y marchate de este pueblo. Aquí todos te sufrimos.

Veía de nuevo las ventanas. En aquel pueblo ni existían las ventanas. Los ojos se metían entre las paredes y no era posible la más leve intimidad.

Ayer llegó hasta la orilla del bosque pero le dio miedo. Los jaúles toman la furia del viento y empiezan a decir extrañas palabras.

Alcanzó a Adelita a la orilla de la plaza. Ella se rió en su cara. Se ha encaprichado el muchacho.

Pues tiene buen gusto. Adelita no anda corta de carnes y sabe mover sus abundancias.

Es manjar ya escogido para la cena del cura.

En las ventanas más lejanas se reía aún Adelita. Se reía con sus pechos levantados. Así la vió en la sacristía. Partes de su desnudez las cubría la sotana con pringues de barro y boñiga.

¡Nos revolvés el estómago a los dos! Andate ligero y callado. No quiere que se comente eso en el pueblo. Lo hice porque ella tenía sed.

En las ventanas más cercanas estaban sus ojos, inyectados de sangre y en sus labios se seguía cayendo la saliva de sus apetitos.

Por el amor al prójimo nada se debe negar. Ella tenía sed y yo le di de beber. Claro que a vos nadie te pide agua. Les das asco.

Las trece ventanas lo estaban viendo. Sus miradas se parecían a las de las cinco viejas del pueblo, sin dientes, con los pechos caídos entre los pliegues de aquella ropa baya de sol, de llu-

via, de esperanza.

Ayer entró en el bosque pero se devolvió. Llegaría hasta donde están los nidos de las terciopelos.

No sabe que hay que esperar a que salgan en busca del sol. Cuando se tienden a asolearse duermen como niños ingenuos.

Anda detrás de la Adelita. Se conforma con las migajas del cura.

La noche parecía un punto blanco, duro, sin puertas, que le pesaba sobre el cuerpo y lo alargaba hasta las altas ventanas.

Si querés algo con la Adelita te la puedo preparar en el confesionario. Algún día tengo que darte algo. No te pongás como un simplón a contemplarla. Entrale abiertamente y no le des tiempo a que piense mucho.

Los cincuenta niños del pueblo, organizados en hileras, desfilaban en las procesiones. Él llevaba la cruz mayor queriendo creer que caminaba hacia un destino de paz.

Ya está lista. ¡Aprovechala! Después me contás.

Está tan amargo como el cedro más viejo del bosque. Ese parará mal. Es un pobre diablo.

El frío del amanecer lo cogía contemplando las ventanas. El tiempo le crecía en las uñas largas y sucias que le habían inutilizado sus manos. Se le acabaron los números para contar las distancias, los minutos y las sombras.

¡Caminá! Nada de pensar en correr o en escapar.

No lo hará. Siempre fue un cobarde.

¡Después de tanto que recé por él! Nació mal-

dito, no había remedio. Es hijo del pecado.

Siempre tuvo los ojos muy abiertos. No sabía cerrarlos cuando vinieron los golpes y los insultos. No supo como murió Adelita entre sus brazos.

Hoy no. Hoy no puede ser, otro día. Te lo prometo. Hoy me moriría.

La ventana del medio reflejaba su cara de angustia. No quería que la viera así. La había encontrado tan temprano, escondiéndose pegada a las paredes. Parecía venir de la casa de aquella vieja extraña. La arrastró cerca del río. Estaba llena de sangre hedionda.

Te prometo que me dejaré hacer todo lo que quieras otro día. Hoy no, hoy no. Te lo ruego. ¡Por el amor de Dios!

Esas cosas se hacían en nombre del amor a Dios. Ella a lo mejor no sabía que tenía sed. Cuando dejó de gritar se puso fría, muy fría.

Los diez hombres fuertes del pueblo lo empujaron, lo patearon y lo dejaron dentro del bosque. Seguro que las terciopelos se estaban asoleando. Cuando volvieron a regresar lo cubrieron de mecates como a una bestia y lo fueron arrastrando, cambiando de rostros hasta este pozo de trece ventanas altas.

Todo lo había contado ya. Sí, fueron veinte los besos que le dio a Adelita.

SE ME LAVÓ LA VOLUNTAD

Contemplar el mar. Un anhelo más. La higiene mental del refrescamiento. El mar todo lo lava. Entonces soy como el mar. He lavado todas las voluntades.

Ya no es posible aguantarte un día más. Ya no es posible. A todos nos tenés obstinados.

¡Qué fácil se dice una cosa como ésa! He sido callado, por eso no replico cuando me dicen realidades nefastas y ciertas.

La casa era un rincón. Un simple rincón en la calle. Un complicado escondite con una puerta y una ventana. Un sitio pequeño y oscuro. El pan escaseaba. Nunca tuve ganas de trabajar por eso me quedaba quieto en el rincón. ¿Cómo pude lavar la voluntad en mi silencio, sin hacer más ruido que el cruzar las piernas y ver el cielo raso con goteras que dejaron sugerentes figuras?

Quizás antes, quizás sí. Tengo que haber lavado la voluntad de Dios antes de nacer. Tengo que haber fallado a los que me recogieron como un pedazo de carne. Tengo que haber desilusionado a los que no pudieron enseñarme las primeras letras, tan difíciles, tan complicadas, tan absurdamente juntas cuando suenan muy raro. Ahora estoy acomodado en una esquina y si me corren hay otras a lo largo de las calles. Conse-

guí empleo para dejar esto aquí y más allá otra cosa. Los caminos se hacen largos al mediodía y se adelgazan en la tarde. No tengo casi que hablar. Tal vez en el silencio redondo no me rechacen.

Me llama. Me siento frente a él. Tiene la cara con miles de palabras oscuras. Lo oigo hablar todo el día. Las palabras no le salen sólo de la boca, le salen también de esos huecos que tiene en la piel.

He querido darle una oportunidad y ya son muchas las oportunidades que le he concedido. Se equivoca siempre. Me parece un buen muchacho pero no pone atención, no se concentra.

Se le empieza a lavar la voluntad. Con la cabeza le dije que sí. Otra oportunidad, bueno. Me tiene que ver los ojos alegres, para que decir más. El habla tanto.

Se acaban las calles. Ahora ando con los cajones. Cajones por todas partes. Los acomodo y ellos se desacomodan solos. Parecen como las olas del mar. Se repiten, se caen y se vuelven a repetir. Están por todos lados. Pero a los cajones no les lavo la voluntad.

El desorden que usted ha logrado es imposible de concebir. Ya no se encuentra nada. Era su última oportunidad. No ha hecho ni siquiera un esfuerzo para aprovechar mi buena disposición.

Ahora tengo que pensar en algo. El rincón puede desaparecer. Le puedo lavar la voluntad al propietario. Logro llegar a la esquina. Es un viejo callado, quizás sea experto como yo en el lavado de las voluntades a muchos y me comprenda. Tengo que caminar poco. Se trata de enseñar cosas, de decir los precios y de recoger los dineros.

El viejo no dice que sí, tampoco que no. Está como muerto, le pesa la soledad.

Si quiere puede dormir aquí.

El rincón está lleno de olores muy fuertes. Ahora sé que los perfumes también se pudren como los bananos abandonados. También he descubierto que al viejo no se le puede lavar la voluntad porque no tiene. En las tardes llega a mi rincón cansado, y huele a tortillas molidas con cerveza fermentada.

Hay dos ventanas. Al lado de una corren los carros y de noche meten sus luces. Por la otra se detienen las miradas. No hay nada que ver, caminos de polvo en botellas viejas. Hablan lentamente cuando pierden los ojos en el vacío. Son gentes sin lugar que dejan pedazos de la vida en las ventanas.

Esto se acabó. Mañana vienen por todo.

Lo sé desde que lo conocí. El viejo había lavado las voluntades de muchos. Lo miro con una sonrisa y toco su mano. No tiene gestos, no sabe decir adiós. Lo quiero. Lo quiero mucho. Decirlo es inútil. Adiós, rincón de los perfumes podridos. Adiós, ventanas sucias. No las pude lavar.

De nuevo la calle. Nada por ningún lado. Pido algo y me dicen que no. No insisto. Insistir es un esfuerzo en vano. Llegará algún rincón. Siempre hay rincones desde que levantaron los pueblos.

Es una casa grande y duermo en un cuarto escondido. Limpio el carro todos los días.

El carro se lava con las ventanas cerradas. ¡Bruto!

Hago el jardín. Los cipreses crecen desordenadamente. La cerca está llena de lagartijas de colores cambiantes.

¿Quién te metió a tocar estas matas! ¡Estúpido!

Ahora barro y trapeo los corredores. Una masa de mechas corre velozmente. Tropieza a veces, siempre hay obstáculos.

Has echado a perder la pintura y los muebles están llenos de piquetes. ¡Imbécil!

Llevo a los niños a la esquina. Un autobús grande los recoge. ¡Cómo corren los niños! Cuesta alcanzarlos.

Sólo a mí se me ocurre confiarle mis hijos a un tonto. ¡Idiota!

Le lavé la voluntad también. ¿Para qué decirlo! Ella quizás no tiene esa frase. Es impaciente y nerviosa. Le iba a explicar que había un palo. Todos los días que pasaba lo veía. Era un adorno, por eso nadie le quitaba aquella carga de maternidad que se iba en la calle con sus olores de naranjas pudriéndose. ¡Los niños corren tanto! Fue cosa de un instante.

Es un laberinto de sillas y de grandes ventanas con muchos colores.

Has estado aquí mucho tiempo. Te vi en la misa de ayer. Te veo en la misa de hoy. Seguro que te veré en la misa de mañana. Algo podrás hacer en la iglesia. Venite para adentro.

Cruzo una parte fría donde hay adornos muy bonitos y velas tímidas organizadas en círculos. El templo es blanco y duermo en un corredor lleno de voces muy bajas y de vasos que se golpean de vez en cuando. Ayudo en la cocina y corró por mandados que nunca entiendo.

También eso se acaba. No toco las campanillas a tiempo. No cambio el libro. Se me riega el platillo de las monedas. Me equivoco con los lim-

piones. Me duermo cuando habla del pecado y de la culpa. ¡Qué necio es! Le debe haber lavado la voluntad a los que se sientan en las sillas. Pero yo lavé la de él.

Me siento en el parque. Es un gran nido de pájaros. Un señor muy triste lee un libro. Una chiquilla rubia brinca los ladrillos y canta canciones. Tiene una voz linda. Sólo hay que decir: se fue, se fue. Me pongo a cantar con ella.

¡No quiero verlo más por aquí! Váyase pronto. A los vagos como usted hay que vigilarlos de cerca. Son unos asquerosos llenos de vicios.

¿Dónde hay un rincón? Está cerca de un río. Alguien me dijo que sólo hay que extender la mano y llegan las monedas.

Fíjate. Apenas un muchacho y ya en esas cosas. Esto le lava la voluntad a cualquiera.

La señora abre la puerta y me sonríe. Sólo debo pasear por la casa un sábado largo y un domingo corto. No hay que tocar nada. ¿Qué raro aparato? ¿Por dónde se abrirá. No lo tengo que tocar. Parece que lleva un animal encerrado. No hay nadie. Es tan suave. ¡Se me rompió! Se rompió en miles de pedacitos imposibles de juntar.

Me voy. La pura verdad es que también a mí me lavaron la voluntad

¡Rojas!

Sintió que el llamado rebotó en todas partes sin encontrarlo. Se levantó sobresaltado, con algo en la conciencia que lo acusaba de torpe por no acomodarse a un apellido, extraño a él y sin embargo suyo. Nombre de papel y documento, no de carne, de pueblo y tierra. Ahí como polvo de huella y paso en el camino, signo de confianza y de estar donde se está, se le llamaba simplemente con voz que le hacía tender su mano con calor, volver la mirada al cuerpo amigo o entresacar la palabra de aquel silencio de casas blancas, de gallinas y de perros ladrando a esas sombras fantasmas de los árboles que dudan entre ir o quedarse.

¡Rojas!

Caminó esquivando con los ojos en el suelo los muebles del local y con ceremonia respetuosa porque se trataba de seres importantes. ¡Qué lejos el río, la lluvia, aquel camino por donde encontraba el sol mirándolo a través de una humedad verde!

Le extendieron la ropa encima del estante. Sólo vio una mano amplia y regordeta. No se atrevió a levantar la mirada al rostro. ¡Cuánta gente conoció en los últimos días! Gente nueva

de cara afeitada y dientes perfectos. Al tratar de recordarlos no podía unir las facciones, como tampoco logró retener un paisaje del cielo. Pedro, el de la ladera del río, tenía un rostro de piedra rodeado de un pelo manso que le bajaba como se le caía a veces la virilidad en los pastos y en los cañales. Y Tomás, con aquellos dientes de codicia y la mirada perdida dentro. Y Juana con cutis de muslo. Otros rostros de tierra, de viento, de planta, de animal, como sus apodos, los llevaba fijos en los ojos y no podría asociarlos a aquellos bigotes con retoque de espejo.

Empezaba a sentir los límites de sus recuerdos y escondía las manos y la mirada, ahogado por el esfuerzo de aprehender todo lo que llenaba aquellos nuevos días más largos, más llenos de voces violentas y atropelladas. Escondía la sensación agobiante de perderse en el mundo natural de tantos. Con los otros entró en un aposento lleno de luz. Se cambiaron de ropa con alegría y desenfado. Huyó hasta la pared y una oleada de sangre le llenó todo el rostro y casi le llegó a las lágrimas. Se desnudó también, incómodo y cohibido. Despegó la camisa dominguera del cinturón. Metió los brazos en las mangas caqui y sintió el frío de la ropa nueva. Después miró a todos lados y sin encontrar el interés que le preocupaba se sacó los pantalones, cambió la ropa interior y vistió el uniforme completo. Al abotonarse fue estrechando sus músculos y observó que el cuerpo se dibujaba imperioso a través de la tela. Comenzó a sudar como si el mediodía lo encontrara en un largo camino.

¡Rojas!

Se movió rápidamente pero con miedo a la

ropa.

¡Rojas!

La voz se hizo fuerte. Oyó entonces las últimas instrucciones y su destino.

Sus palabras se confundieron con otras, quedaron sonidos de saludo y agradecimiento. Así salió con los otros por la puerta principal que miraba siempre a un parque sereno. Empezaron a dispersarse. Cuando quedó solo, solo con su uniforme y su lío de ropas viejas, solo con su destino, alzó los ojos mirándose lentamente desde los zapatos hasta la conciencia de sus mismos ojos y comenzó a reírse. Primero con una mueca, luego con un jadeo. Se reía torpe y dolorosamente.

Le dolían los ojos con el brillo del pavimento. Los tenía rojos y heridos esperando la razón que motivara el estar allí. Caminaba y volvía a su sitio por el mismo trecho, como si pudiera disculpar aquel hacer nada abriendo un surco en las calles.

Si al menos encontrara el hueco de nubes nacientes que llegaban a su camastro para levantar el cuerpo lastimado de sol y de tierra hueraña con el vientre escondido, como aquellas viejas de corredor y poltrona que lentamente perdieron el sexo. Si al menos se lastimara como en las podas o en los riegos de cal o en las noches de celo. Le dolían los ojos, se le alargaban por el rostro con mueca de desencanto. Se seguía moviendo impaciente, buscando el esfuerzo de agacharse y segar, de balancearse con el cuchillo cortando sordamente el viento. Pasó su hora. Nació el húmedo vaho de la noche que fue secando cariñosamente el sudor de sus sobacos ceñidos.

Las calles en sombra se volvieron solitarias. Sintió que las luces lo buscaban para mirarlo, él apretaba el paso para librarse de ellas. Se regocijó con el cosquilleo de una cerca alta de cipreses, que daba intimidad de silencio a una casa de brillantes faroles y complicados rincones. Ya en la oscuridad se olvidó de la nueva ropa, de los nervios en espera y caminó impulsado por el ruido de sus mismos pasos, más allá de lo destinado por aquel superior de cara limpia. Caminó hasta topar la hierba arrullándose.

Todo se adormecía en la penumbra. La tierra lo llamaba con presencia de cobijas calientes. Era imposible con el uniforme tenderse para quedar más poseído de la sensación que tantas veces lo restregó contra los árboles, como hermanos. En las cimas o en los caminos de ríos muertos, supo que cuanto alcanzaban sus sentidos era para él y él era como las pequeñas y grandes cosas que lo rodeaban.

No le fue muy duro el encuentro con una verdad contraria porque lo suyo era íntimo, más de sus ojos y del vacío en el estómago que le producía el misterio. Allí, aún sin comprender que el nerviosismo le había destrozado las piernas, los riñones, la espalda, veía sacrificado el apetito íntimo porque un traje limpio le impedía aceptar una cama libre.

Necesitaba reflejarse en un gesto. Tenía la cara rígida, tratando de dejarla inconvencible para salvarse de un dolor de adentro. Tomó una mano con la otra, con torpe ternura las estrechó.

Con los ojos buscadores distinguió dos sombras agazapadas. Lo comprendió al instante pero sus zapatos crujieron con el pasto seco. El hom-

bre se levantó precipitadamente, caminó hacia él dos pasos y al verlo retornó con rapidez llevándose a la mujer medio desnuda.

Trató de seguirlos y no se movió sabiendo que no podía expresar una disculpa. Un rincón de hierbas había sido su refugio también muchas veces. Recordaba las mujeres sobre el pasto, con olor de puerta abierta, de sombra que arropa animales en el mediodía. En los cuartos y en las camas siempre sintió vergüenza de la desnudez. Frente al cielo, untado de tierra y de briznas, qué natural le parecía tratar de cerrar los ojos para ser sólo un río que disuelve los contornos, quedar luego débil y recuperarse con el viento y la primera palabra que rompía el silencio

En aquel momento se olvidó de su apellido, del uniforme y era realmente hermano de los árboles. Muy lejos estaba de comprender que todo en la sociedad es símbolo y los símbolos pretenden no tener carne ni sexo.

¡Epa usted! ¡Sí, usted!

Fue la primera versión de una historia que oíría repetir muchas veces y ahora no la comprendía. Lo habían casi arrastrado. Un hombre arrinconado y tembloroso recibía adjetivos violentos. Otro hombre sudando una indignación roja en el rostro, con un caudal excesivo de sangre que lo movía a gritar y agitar sus nervios. Un grupo de miradas y comentarios. Después, sin aun saber cómo ni por qué, iba empujando a aquel hombre. No era tarea fácil, estaba interrumpida con sollozos y con alegatos interminables. Tenía la sensación de estar en presencia de una lástima inasible, de una miseria que su mano sosteniendo el brazo preso agrandaba. Siem-

pre le había conmovido el dolor de los otros, desde los chorros de sangre que en un momento cualquiera descubrían los cuchillos. Hasta las horas de parto, hasta el último taz de los troncos talados. Más aun le conmovía la queja del dolor en los ojos tristes, en los ceños fruncidos, en los silencios muertos. Ahora el hombre tembloroso, con lágrimas, con palabras de lástima, lograba traspararle la angustia con el frío de la noche.

Sin siquiera como una reacción de lo que íntimamente le hería, soltó el brazo. Lo soltó sin una palabra o una sonrisa que acercara y revelara intenciones. Fue sin propósito. Alzó la mano para correr el quepis de la zanja que había cavado en su cabeza y dejar de oír las palpitaciones severas de las sienes apresadas. Fue un momento sin propósito, un instante de intimidad descuidada.

El otro dejó de temblar, tenía los músculos filosos y se deslizó como una fiera. Corrió por la calle volteando la cabeza y al verle inmóvil se paró, encogió los hombros, alzó el cuello de la camisa vieja y siguió caminando con paso normal, dando una ventaja digna. El riesgo es el riesgo, pensó para sí mismo.

Lo siguió con los ojos hasta que el otro se perdió cruzando una calle. Empezó a caminar de nuevo, metiéndose las manos en los bolsillos con un pesado ademán que inclinó su cuerpo.

La noche que avanzaba le trajo más cosas nuevas que él apenas percibió. Miradas de niños que retrocedían. Mujeres que al no poder evitarlo trataban de disfrazar el marcado distintivo que pregonaban a esas horas. Niñas que a su paso bajaban el tono. Un hombre que se estremeció

para buscar el caminar corriente y otro, audaz en el disimulo de una conciencia hecha pedazos, le pidió un cerillo con gesto siniestro.

Al fin llegó.

Por el cielo corrían látigos blancos y una fuente se chorreaba en el pavimento. Un reloj parecía el cansancio mismo dando las horas.

Sobre el ruido de las pisadas se montó un paso firme. Un hombre erguido, una sombra de ropa que no movía el viento sino una voluntad de caminar. La sombra y el hombre se encontraban y seguían.

Sí, al fin llegó.

ESTAMOS TODOS Y SIEMPRE FALTA UNO

Falta uno y por ello no sienten necesidad de hablar formalmente. Comentan en desorden la ridícula expresión de un profesor, la impresión sobre un tercero, el traspies de un pretensioso, detalles de un próximo concierto. Voces en sucesión, sonrisas, chistes pretendiendo pasar por ironías. Son cinco, falta el sexto.

Por las ventanas se asoma un cielo azul y envejecido. Un cielo de tres de la tarde, sin amenazas de lluvia, burguésmente tranquilo. El cuarto está adelgazado por estantes que suben libros, hojas, revistas.

Desde la ventanilla del cielo raso pueden distinguirse los sexos. El sexo de las espaldas llevadas en los tobillos, en el pelo, en los ojos. El sexo de los pechos encima de las manos, de los brazos y de las narices.

¿Qué le pasará a Juan? Lleva un retraso de media hora, es extraño, siempre es puntual.

Gerardo al hablar tiene un tono autoritario, pero algo de su voz cansa y pierde la intención imperativa. Traía un cansancio de adentro, de los músculos del alma, de los atardeceres con que padres y abuelos esperaron las cosechas sentados en anchos corredores. Inquietud de acomodarse en fila, en el mejor lugar posible, para re-

correr con la carne un álbum de fotografías igual al que guardaban los viejos armarios de la casa. (El derecho es la primer palabra en una sociedad bien organizada, una palabra vieja, casi eterna. Y, ¿por qué hay seres que viven naturalmente sin las doctrinas legales? Seres como tu madre y la mía que siguiendo sus instintos no necesitan de esa conciencia del derecho sucia de probables caídas. Y, ¿por qué hay campo para las redomadas trampas, para el servilismo untuoso, para el asqueante negocio público de los gobernantes? No he resuelto las preguntas, no puedo entonces negar o afirmar tu concepto. La existencia de ellas me lleva a dudar la supremacía del derecho. Alguien cortó el diálogo. Desde entonces buscaba a Juan para continuarlo).

Nadie se mueve a la voz de Gerardo, ni siquiera Virginia, a quien se dirigió directamente. Los relojes se descubren, unos con otros verifican la hora. El tiempo trepa lentamente por las voces y las miradas. La charla pasajera de nuevo, un poco nerviosa, con el propósito de evadirse a la pesada sensación de los minutos.

El que los había traído a todos, hoy no llega. Miran los relojes. El tiempo sigue trepándose en los pensamientos, densa y despaciosamente. Vuelven a la charla.

Virginia es blanca, de ojos profundos. Mira acariciando, habla acariciando, toma las cosas acariciándolas. Juan un día le comentó que semejaba el placer de las horas de siesta. No le dijo más, fijamente la miró, se le metió muy dentro por los ojos. ¡Qué ilusa, que ilusa! Juan era distinto, no podía pertenecer a ella porque se pertenecía a sí mismo con una fuerza tal que lo pro-

longaba llevándolo a pertenecer a todos. Para él era solamente aquella melodía que una tarde de locuras estudiantiles se atrevió a tocar en el piano desafinado de un restaurante. La tomó como un libro al que arrancó varias hojas, la hizo dejar el curso de pedagogía a pesar de las quejas y cálculos familiares, y entrar al conservatorio. La llevó a conciertos, hablaron de música siempre en sus encuentros, ella trataba de liberarse y contar cosas íntimas que él no oía.

Marta de vez en cuando mira el reloj. Para ella el tiempo no trepa agobiándola. Conoce a Juan desde niño, sabe que siempre llega tarde con una disculpa maravillosa que le hace parecer el más puntual de los asistentes. Está cansada de charlar y de fumar, la aburren las conversaciones apegadas al hecho cotidiano. Aquellos estudiantes repiten una y otra vez anécdotas de los profesores y de los compañeros, se le asemejan a las amas de casa quejándose del servicio, de los maridos y de las tareas hogareñas.

(Recordaba aquella reunión en casa de Juan, cuando la madre le obligó a recitar sus poemas. Al encontrarse solos le contó sus impresiones. No te podía ver la cara, me dediqué a oír tus versos a través de una señora gordísima con cuello de iguana. Lo hinchaba al compás de tu voz. Creí que la ibas a ahogar. Juan se rió, a ella le encantaba romper su trágica seriedad, le parecía un vestido viejo digno sólo de lucirse entre paredes íntimas. Sabía que a veces la detestaba, era demasiado cruda y no se cansaba de machacarle cuanto defecto encontraba en él. Le criticaba el afán de librarse de estudios sistemáticos como producto de una dispersión inútil. Le criticaba el

dejarse mimar exageradamente por los que lo querían, convertirse en héroe y sacrificarse al héroe que todos imaginaban. Le criticaba rodearse de admiradores, a veces muchachos confusos, demasiado abiertos, muy dados a seguir a alguien como Juan con un tiempo dispuesto a dirigirlos. Pero encima de sus críticas tenía presente algo que no podía aprehender. Lo creía teatral, viviendo una mistificación peligrosa ... ¿y era tan simple el problema? Juan no podía abrirse con la llave usual de los términos psicológicos. Uno y otro sentían la necesidad de estar despiertos y estando juntos se ayudaban, Marta con pensamientos en voz alta, Juan callando consideraciones más sutiles). Por la ventana dos nubes rosadas se detienen y siguen de nuevo deambulando con placer en los amplios caminos del cielo.

Ya no charlan. Aquiles está cansado. Anduvo largas horas inquieto, tratando de exprimir el tiempo para avanzar, sin comprender que se llega sin siquiera moverse a los golpes del péndulo anunciando que algo se ha ido, se ha ido fatal e irremediablemente. Anduvo hasta que las calles le parecieron interminables y largas. Ahora el reposo lo cansa, lo exaspera y le duelen las manos y los pies quietos. Respira con algo adentro que lo agobia, con avidez de atrapar aire ... y quizás de ser aire. Los que buscan la razón de las cosas podrían decir que respira así por su estatura pequeña, por ansia de crecer y arrebatarse.

En todo hay más que la palabra, el concepto, la definición. Juan lo sabía. Por eso pensaba que Aquiles era un ahogado. Un ahogado prematuro en el vientre de la madre, sin conciencia y ternu-

ra de maternidad. Un ahogado precoz en cuartos estrechos y mal olientes. Ahogado en la anemia, en el hambre, en el esfuerzo terrible de lo cotidiano, en el aislado dolor de cada uno de sus familiares.

Y sobre eso Aquiles era un conquistador. Sus padres ignoraban que aquel nombre, tomado quizás al azar de un gusto sonoro o del recuerdo de un lejano pariente, estaba fraguando carne de héroe en el hijo. Tuvo siempre las manos vacías y quería llenarlas. Por eso el momento de la espera le dolía hasta en los huesos. El tiempo era un fugitivo con quien había que fugarse. Esperaba a Juan para resolver el asunto de su próxima exposición, aunque no creía encontrar en él apoyo verdadero. Sospechaba que era sólo palabrería, buena intención dormida en el laurel de intentar. Palabras, cuántas palabras tenía Juan para todo. Las cosas eran color, bulto en el espacio, momento. Juan decía a eso palabras vanas, sutiles.

(El mundo es un vastísimo cementerio en que lo único que vive es lo completamente muerto. Nuestros recuerdos están muertos, de ellos obtenemos conciencia, por ellos vivimos, olfateamos, asociamos. Si contásemos los muertos, nos encontraríamos con un número muy crecido sobre el de los vivos. Legiones de muertos bajo nuestros pies. Soy una montaña de muertos y la mitad de mí mismo es un cadáver que se alimenta de cosas muertas. El problema, la angustia de nuestra época, y más aún el problema y la angustia del mañana, es cómo vivir, cómo estar despierto y vivo sin entierro, sin arrastre de cadáveres, sin gesto moribundo. ¿Cómo vivir y estar despierto? A veces me contesto a mí mismo,

que quizás muriendo).

Aquiles sólo atrapaba, instintivamente, en un lienzo o en una hoja cualquiera el momento del vuelo en que era pasajero fugaz. Aquel día temprano había acabado el último cuadro de los destinados a la exposición. Todos giraban sobre los ojos, el poder de los ojos.

El último guardaba la impresión de cómo Juan miraba las cosas. Pintó un árbol delgado, de ramas ascendentes, con una sombra frondosa que era un rojo abierto. Gris, tonos de grises y el ojo mirando con color de amanecer y un brillo de horror. ¿Por qué? Jamás pudo explicar las razones de su pintura. Por eso le sonaban a falsas aquellas impresiones de los profesores sobre las obras maestras. En la creación hay un misterio, un misterio de nacimiento, de agonía muda con algo de vértigo.

Tiene los ojos cerrados. ¡Qué lástima! El cuarto está ensombreciéndose. En la ventana se asoma un cielo claro, de nubes transparentes, con hálito de santidad. Un cielo que le gustaría contemplar. La última claridad de aquella tarde.

Detrás de Aquiles, casi apoyando la espalda en la de él, está Daniel. Los espejos dirán que es varonil, duro en los rasgos y en la mirada fija, desafiante, insistente. Es sólo un niño que se hombra.

Escribe. Con el lápiz va dibujando letras de imprenta, las mismas que usan los profesores que le dan clases. Ya acaba. Daniel repasa sus palabras. (Juan: Sé que no vendrás hoy. Vine sabiéndolo. No me vas a dar una oportunidad fácil de acercarme. He llamado varios días a tu casa, adivino que te has negado. Cuánto debo haberte

herido. También yo he sufrido y apenas seguro me acercaré a tu dolor. No puedo desdecir lo dicho. Sale desde el fondo de mis creencias y cualquier afirmación en contrario te sonaría a falsa, porque falsa sería. Empezamos a discutir. Hacía tiempo que rondaban entre nosotros esas palabras y teníamos temor a ellas. Ahora están dichas. Mi falta de fe y tu insistencia. Te admiro por tu pureza y el valor que ponés en ella... y no puedo creer, no puedo seguirte. Cuando me decidí a emprender estos estudios de agricultura, te enfriaste. No me fue fácil adivinar tus pensamientos. Creíste que buscaba un acomodo, que el medio ambiente y las conveniencias familiares me ganaban, que me iba a dormir en esa muerte del ser que tanto aborrecés y tanto temés. Dormirme, volver a los muertos sin vivir: ese es mi riesgo y es el tuyo Juan, bajo cualquier profesión, bajo cualquier actitud, en cualquier camino. Pero no puedo pretender estar despierto siendo lo que no soy. Y no soy artista. No puedo ser poeta simplemente porque creo que el cielo es una rosa con alma de mujer. ¡No! He leído a Heine, a Machado, a Lorca, a Salinas. No soy poeta. Y me conformo. El conformarme no fue un acto sensual y plácido. Fue doloroso. Me sentí podado, arrancado a la fuerza de la tierra fértil en que quería desarrollarme. Tuve días de llanto interior. Lloré por mí como si hubiera quedado muerto teniendo deseos infinitos de vida, como si necesitando estar despierto no pudiera librarme del sopor y de la modorra del alma. Me desesperé y desesperado aún, con desesperación viva, me he conformado. Soy el confidente de Amiel, el atrevido que comprende a Ibsen, el hombre con

1 deseo de interrogaciones buscado por Unamuno, el oído que se embriaga con Nietzsche y el tiempo que de pronto recupera Proust. Soy parte de los grandes, de los que estuvieron despiertos y vivieron. Soy el ojo que los ve, que los hace vivir de nuevo. En mí no está muerta la belleza, pero tampoco está viva, porque lo vivo crea. Tengo eco y no voz, tengo espejo y no reflejo, tengo sensación y no sentido. No llegaré a despertar del todo, porque quizás nunca estuve dormido. Contestaste con fe admirable: trato de ser lo que anhele

12 ser, no puedo aconsejar otra cosa. Si tratara de valorizar cosas y seres diría que vale más: volar en un sueño y estrellarse con la horrorosa certeza de no poder hacerlo que pegarse a la tierra por temor de estrellarse.

16 No puedo tener culto de sepulturero o desenterrador. Odio esta sociedad repicando el día entero a muerto. Nuestros días festivos son días de recuerdo a los muertos. Nuestros pueblos empiezan y acaban con cementerios y los cementerios son los jardines más hermosos, el lugar más cuidado del caserío. En las paredes cuelgan muertos. Y en los espíritus hay reverencia, superstición, servilismo a los muertos. No hay como morir para tornarse bueno. inalcanzable, injuzgable. El asesino a quien se condena adquiere al morir un hálito de respeto, también el sátiro y la vieja egoísta. La muerte es la túnica del honor, quien la viste se honra. No rindás culto necrológico a los eternamente despiertos, a los que no morirán porque nacieron en creación de vida espiritual. No hables de visitas a sepulcros, ni la necesidad de tu presencia en la invocación de lo que es eterno. Dije algo más, lo que te hirió. Dudé de tu valor

artístico. Y es que —lo repito— no creo que tengas positivo arranque creador. Valés por vos mismo, por tu bondad, tu fe, tu heroísmo de lucha, por ser lo que no alcanza tu capacidad. Pero comprendelo, no hay más allá. Leé tus versos sin mimos personales, leé después a Vallejo. ¿Decís algo? ¿Tenés algún mensaje? ¿Erizás la piel como él? No, sólo frases unidas con ingenio y la vigilia de tus emociones. ¡Qué duro fui y soy! Me miraste con dulzura y como si me dijeras adiós me dijiste: Gracias. Tu opinión es una luz en la duda de los que quieren despertarse y crecer. Lo han dudado también los grandes para confusión de los que no tienen valor y carecen de certeza. Gracias. Meditaré mi valor de poeta, me leeré tan fríamente como me lo proponés. Entonces hablaremos de eso y quizás nunca lo hagamos, mi intimidad resiente. No dijiste más, pronto con un pretexto cualquiera te marchaste. Me quedé con una rara sensación de heridor complaciente de víctimas, de envidia buscando derrumbar pedestales. No fue así. No me llevaron a las palabras mi propia amargura interior, mi desesperado gesto conforme. No creo Juan. Te quiero y necesito amigo.)

Con un reguero de colores el sol acaricia las montañas, allá en el último rincón del cielo. Todos en la ventana lo contemplan. El tiempo no trepa lenta y densamente. El tiempo de la espera pasó, empieza otro tiempo.

Nadie oyó la puerta. Ha entrado alguien jadeante que los asusta de pronto con voz de trueno, de grito doloroso. Es el criado español de la casa de Juan.

¡Señoritos! Al señorito Juan lo encontramos

en el garaje, hincado. ¡Qué desgracia! En la casa están locos. La madre ha quedado postrada, el señor se encerró. A la señorita Teresa nadie la puede mover de una silla, no llora ni habla. El está solo, no lo hemos movido todavía, tiene algo de vivo y de doliente.

La noticia ha derretido en las caras cuanto gesto se aprendió en los espejos. Los rostros están inexpresivos. La sorpresa dolorosa desnudó la carne.

Se precipitaron detrás del hombre. Salen seis y sigue faltando uno. La puerta queda entreabierta. Han dejado en el piso los libros, una suéter, una cartera que se guarda en el puño. ¡Qué calma de cielo entra por la ventana! Como risas de niños se asoman estrellas nacientes. ¡Qué calma! Como para despertar o dormirse tranquilamente. Han dejado también un cigarro a medio apagar y la nube de su lenta muerte sube en espirales. También quedan pensamientos y palabras que no se apagan de pronto. El silencio es una ficción de los sordos.

Siempre llega tarde con una disculpa maravillosa que lo hace aparecer como el primero de los asistentes ...

¿Cómo estar vivo y despierto? Quizás muriendo ...

Vale más volar en un sueño y estrellarse con la dolorosa certeza de no poder hacerlo.

No lo hemos movido todavía, tiene algo de vivo y de doliente.

Ya el humo del cigarro acaba su ascensión. Y una corriente de aire cierra la puerta entreabierta. La ventana ve a seis subir en un carro. Eran cinco y falta uno, salen seis y sigue faltando uno. Estamos todos y falta uno.

en el garaje, hincado. ¡Qué desgracia! En la casa están locos. La madre ha quedado postrada, el señor se encerró. A la señorita Teresa nadie la puede mover de una silla, no llora ni habla. El está solo, no lo hemos movido todavía, tiene algo de vivo y de doliente.

La noticia ha derretido en las caras cuanto gesto se aprendió en los espejos. Los rostros están inexpresivos. La sorpresa dolorosa desnuda la carne.

Se precipitaron detrás del hombre. Salen seis y sigue faltando uno. La puerta queda entreabierta. Han dejado en el piso los libros, una sweater, una cartera que se guarda en el puño. ¡Que calma de cielo entra por la ventana! Como risas de niños se asoman estrellas nacientes. ¡Que calma! Como para despertar o dormirse tranquilamente. Han dejado también un cigarro a medio apagar y la nube de su lenta muerte sube en espirales. También quedan pensamientos y palabras que no se apagan de pronto. El silencio es una ficción de los sordos.

Siempre llega tarde con una disculpa maravillosa que le hace aparecer como el primero de los asistentes ...

¿Cómo estar vivo y despierto? Quizás muriendo ...

Vale más volar en un sueño y estrellarse con la dolorosa certeza de no poder hacerlo.

No lo hemos movido todavía, tiene algo de vivo y de doliente.

Va el humo del cigarro acaba su ascensión. Y una corriente de aire cierra la puerta entreabierta. La ventana ve a seis subir en un carro. Eran cinco y falta uno, salen seis y sigue faltando uno. Estamos todos y falta uno.

TÍTULOS PUBLICADOS
EDITORIAL MESÉN: ELSABER
EDITORIAL DEL NUEVO MILENIO:
TRADICIÓN Y PRESTIGIO
FUNDADA EN 1978

BIBLIOTECA COLECCIÓN 1856 DE NARRATIVA

PASAPORTE DE PALABRAS

Carmen Naranjo

*Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica,
y Premio Nacional de Cultura "Magón" de Costa Rica.*

EL ECO DE LOS PASOS

Julietta Pinto

*Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica
y Premio Nacional de Cultura "Magón" de Costa Rica.*

PROFESIÓN DE FE

Luz María De La Cruz Redón

Premio "Walt Whitman" de Literatura.

ABRIR LOS OJOS

Julietta Pinto

*Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica
y Premio Nacional de Cultura "Magón" de Costa Rica.*

HISTORIAS DE NAVIDAD

Julietta Pinto

*Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica
y Premio Nacional de Cultura "Magón" de Costa Rica.*

BIBLIOTECA COLECCIÓN 1856 DE POESÍA

LOS PIES SOBRE LA TIERRA

Alfonso Chase

*Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica;
Premio Nacional "Joaquín García Monge" de Periodismo Cultural de Costa Rica.*

OTRA NOCIÓN DE LA VERDAD

Leonor Garnier

Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica.

BAJELES PERDIDO

Gerardo Díaz

Premio Nacional de Literatura de Guatemala.

¿DÓNDE DUERME LA MARIPOSA?

Jorge Charpentier

*Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica,
y Premio Nacional de Cultura "Magón" de Costa Rica.*

CUADERNO DE BORRADOR

Jorge Montero Madrigal

Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica.

RITUAL SALOBRE

Luis Kleiman.

CÓMPLICE DEL ALBA

Jorge Charpentier.

*Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica,
y Premio Nacional de Cultura "Magón" de Costa Rica.*

EN EL TALLER DE LA MEMORIA

José Néstor Mourelo y Aguilar

Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica.

ANTOLOGÍA POÉTICA

Gonzalo González Murillo

MEDITACIONES Y CREENCIAS

Luis Kleiman.

BIBLIOTECA COLECCIÓN CONVIVIO DE ENSAYO

UNIVERSIDAD, CAMBIO DE GUARDIA

Fernando Durán Ayanegui.

*Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica
y Rector de la Universidad de Costa Rica.*

NOVELA, DISCURSO Y SOCIEDAD

Alicia Miranda Hevia

Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica.

TEORÍA Y PRAXIS DEL CONOCIMIENTO

Francisco Escobar

Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica.

HACIA UNA NUEVA CONSTITUCIÓN POLÍTICA
DE COSTA RICA: ANÁLISIS Y PROPUESTAS

José Andrés Carrillo Chaves

Postulado al PREMIO SIMÓN BOLÍVAR de LA UNESCO.

LOS CAMINOS DE LA JUSTICIA: FERNANDO COTO
ALBÁN EN NUESTRA MEMORIA

Carlos María Jiménez Vázquez

INSTITUTO DEL SERVICIO EXTERIOR DE COSTA RICA
MANUEL MARÍA DE PERALTA: ANTECEDENTES
HISTÓRICOS Y ESTRUCTURA ORGÁNICA

José Néstor Mourelo y Aguilar.

Roberto E. De La Ossa.

BIBLIOTECA COLECCIÓN REPORTAJES
EXTRAORDINARIOS DE PERIODISMO

SAN ISIDRO DE EL GENERAL EN LLAMAS

Segundo Tomo de LOS TESTIMONIOS DEL 48

Guillermo Villegas Hoffmeister

Premio Nacional de Periodismo del Colegio de Periodistas de Costa Rica.

BIBLIOTECA COLECCIÓN CIENCIAS JURÍDICAS

CITACIÓN DIRECTA: ASPECTOS
BÁSICOS DEL PROCEDIMIENTO
Y DE LA INFORMACIÓN SUMARIA

Carlos María Jiménez Vásquez.

BIBLIOTECA COLECCIÓN 24 DE ABRIL DE ENSAYO

JUVENTUD Y CAMBIO SOCIAL

Francisco Escobar

Premio Nacional de Literatura "Aguileo J. Echeverría" de Costa Rica.

BIBLIOTECA COLECCIÓN CIENCIA Y TECNOLOGÍA

SISTEMAS DE COORDENADAS

Luis Paulino Naranjo Hernández

BIBLIOTECA COLECCIÓN OBRA EN MARCHA DE POESÍA

LOS QUE VIVEN CONMIGO

Carlos María Jiménez Vázquez

OPUS CERO: SINFONÍA TEÓRICA

Luis Kleiman

HISTORIAS DE LA PIEL

Samuel Vargas

EL OJO ERRANTE
Y OTRAS REVELACIONES

Jorge Treval

CALICANTOS

Víctor Hugo Fernández

ENTRE LA ESPERA Y EL OLVIDO

Samuel Vargas

BIBLIOTECA COLECCIÓN OBRA EN MARCHA DE NARRATIVA

LOS HIJOS DE MARIPLATA

Miguel Benavides

Traducido al inglés y publicado por
La Editorial Forest Book de Inglaterra

...EN EL SEGUNDO DÍA...

Manuel Salvador Álvarez

Premio Nacional de Literatura de Panamá

EL INSÓLITO EMETERIO

Juan Frutos Verdesia

BIBLIOTECA COLECCIÓN LETRAS UNIVERSALES
DE LITERATURA PARA JÓVENES ESTUDIANTES DE LA
EDUCACIÓN PRIMARIA Y LA EDUCACIÓN SECUNDARIA.

LOS CUENTOS DE MI TÍA PANCHITA

Carmen Lyra

EL DIABLO EMBOTELLADO

Robert Lois Stevenson

LA PROPIA Y OTRAS NARRACIONES

Magón

Manuel González Zeledón

BODAS DE SANGRE

Federido García Lorca

ÉL ÁRBOL ENFERMO

Carlos Gagini

EN UNA SILLA DE RUEDAS

Carmen Lyra

DON ÁLVARO O LA FUERZA DEL SINO

Duque de Rivas

Don Ángel de Saavedra.

CONCHERÍAS

Aquileo J. Echeverría

DON CONCEPCIÓN
Y OTROS DRAMAS

Carlos Gagini

CASA DE MUÑECAS
Y OTROS DRAMAS

Henry Ibsen

MAGDALENA

Ricardo Fernández Guardia

NAZARÍN

Bento Pérez Galdós

EL POEMA DE MÍO CID

Anónimo

ZALACAÍN, EL AVENTURERO

Pío Baroja

LA ELECCIÓN DE UNA NOVIA

E. T. Hoffman

LAS INQUIETUDES DE SHANTI ANDIA

Pío Baroja

EL FANTASMA DE CANTERVILLE

Oscar Wilde

EL ROMANCERO GITANO

Federico García Lorca

EL RUISEÑOR Y LA ROSA

Oscar Wilde

DOÑA BARBARA

Rómulo Gallegos

**LA CASA DE BERNARDA DE ALBA
Y OTROS DRAMAS**

Federico García Lorca

MARÍA

Jorge Issacs

PLATERO Y YO

Juan Ramón Jiménez

**BIBLIOTECA COLECCIÓN UNICORNIO
DE LITERATURA UNIVERSAL PARA JÓVENES
LECTORES DE NUESTRA AMÉRICA Y EL MUNDO**

¡ADIVINA QUÉ ESTOY HACIENDO!

ACCU/UNESCO

Centro Cultural de LA UNESCO en Japón para Asia

EL NIÑO DE LA LIEBRE

Pablo Neruda

**Premio Nacional de Literatura de Chile
y Premio Nobel de Literatura**

EL PEZ AZUL

Julietta Pinto

*Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría de Costa Rica
Y Premio Nacional de Cultura "MAGÓN" de Costa Rica.*

EL HIJO

Horacio Quiroga

*Premio Nacional de Literatura del Uruguay
y el Mejor Narrador de América de todos los tiempos.*

LA NOCHE DE LOS PELICANOS

Miguel Benavides

*Traducido al inglés por Joan Henry
y publicado por Forest Book de Inglaterra*

CANCIÓN DE CUNA

Gabriela Mistral

*Premio Nacional de Literatura de Chile
Y Premio Nobel de Literatura*

EL NIÑO QUE NO TENÍA AMIGO

Ileana Naranjo

EL SAUCE LLORÓN

Miguel Benavides

*Traducido al inglés por Joan Henry y publicado
por la Editorial Forest Book de Inglaterra.*

ÉRASE UNA VEZ UN NIÑO

Walt Whitman

*El Poeta más grande de los Estados Unidos de
Norteamérica de todos los tiempos.*

EL OSO Y LA MARIPOSA

Francisco Escobar

Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica.

LA NOCHE SANTA

Selma Lagerlöf

*Premio Nacional de Literatura de Suecia
y Premio Nobel de Literatura*

CRÓNICA DEL UNICORNIO SABIO

Compilación de Denis Mesén

Primer Tomo

MARGARITA, ESTÁ LINDA LA MAR

Rubén Darío

Fundador del Movimiento Modernista

UN DIBUJO PARA DIMAS

Francisco Escobar

Premio Nacional "Aquileo J. Echeverría" de Literatura de Costa Rica.



EL OSO Y LA NUBITOSA

Francisco Leizaola

Premio Nacional de Literatura "Amalio J. Leizaola" de Costa Rica

LA NOCHE SANTA

Silvia Lagoa

Premio Nacional de Literatura de Nación
& Facultad de Letras de Literatura

CIÓNICA DEL UNICORNIO SARDI

Complacencia de María Estela

Primer Libro

MARGARITA, ESTÁ LINDA LA MAR

Edith Durán

Facultad del Movimiento Modernista

UN DIBUJO PARA OJOS

Francisco Leizaola

Premio Nacional "Amalio J. Leizaola" de Literatura de Costa Rica

en colaboración con

PASAPORTE DE PALABRAS

nos confronta a destruir falsas identidades y convicciones, para conducirnos al encuentro de la libertad interior; muchos son los que olvidamos esa realidad, como presencia viviente de antiguos cuentos de ánimas, pero sabemos que está ahí, palpitante, reapareciendo fugaz con su crueldad en las narraciones, distorsionada, relampagueante, para que no la olvidemos. CARMEN NARANJO, además, es auténtica y tenaz [*alquimista de sueños en luminosa realidad*] combatiente contra el vulgar encasillamiento de concepciones malintencionadas, se enraíza fecunda en hermosa y profunda cosmogonía, gracias a la belleza crítica de su obra. La escritora se complace en conocernos y hunde sus manos en la dura y carnosa tierra [*espíritus mojigatos y traicioneros*], tan próspera en maliciosas y pícaras sutilezas, para romper las barreras de la indiferencia, rescatando a los personajes como individuos. Y es ella, la escritora, quien recupera ese rayo de humana esperanza, que nos ha sido negado y usurpado. PASAPORTE DE PALABRAS, confirma el por qué, CARMEN NARANJO, es una de las más extraordinarias escritoras de Hispanoamérica. La visión irónica o cruda que el lector perciba, es irradiación de su propia evocación transformada en esperanza de halagador porvenir, del que sólo la libertad es capaz de dar. Y CARMEN NARANJO, valiente, generosa y buena sabe disfrutar en darla limpia y pura.

DENNIS MESÉN
ISBN 9977-903-39-5

BIBLIOTECA COLECCIÓN 1856

EDITORIAL  MESÉN

EL SABER EDITORIAL DEL NUEVO MILENIO

CÉDULA JURÍDICA No. 3-101-212502

TELÉFONO (506) 253-5203 TELEFAX: (506) 283-0681 APARTADO POSTAL 6306-1000 CIUDAD, SAN JOSÉ, COSTA RICA